



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XX n° 500 Oruro, domingo 22 de julio de 2012

FUNDACION
ZAFRO
CULTURAL

Luis Urquieta Molleda (*)

El Duende en el tiempo



Una criatura quimérica que personifica el espíritu fantástico de los pueblos para representar valores de raigambre humana e imbricarse en las rutas de la manifestación estética, se ha convertido con el tiempo en el emblema de un proyecto cultural de enorme aliento e insospechada vigencia, al extremo de alcanzar la extraordinaria sucesión de quinientas ediciones sin interrupción a lo largo de cuatro lustros.

El embrujo de aquella criatura ha podido todo: acicatear voluntades reclamando la inspiración creadora de consumados autores, hasta de balbucientes noveles. Traer a cuenta figuras universales de las letras, las artes, el pensamiento, regocijarnos con la producción lozana de autores nacionales y extranjeros nimbados de galardones.

Exultante, encapsulado en su ropaje formal, el vocero cultural *El Duende*, proclamó desde su origen el pluralismo, la universalidad y el fomento de la diversidad temática. Sus páginas abrigan en su extensión cuanto hay de útil para el solaz y el conocimiento, divulgando sin reparo de su grandor, joyas de la literatura, sobre todo de interés nacional.

He aquí algunas muestras:

Raíces en el equipaje, de la poeta e historiadora Regina Vogt Brehm, conocimos durante su presentación en Santiago de Chile en 1998. La autora, apoyada en apuntes dejados por su abuelo materno Hermann Brehm, armó el libro para transportar al lector a espacios y tiempos en los que el geólogo alemán, siendo empleado de Patiño desde 1912, recorriera las minas de Japo, Kami, Huanuni y San José, hasta 1925. La reveladora pieza transcrita en 13 entregas, evoca un pasado palpitante de Oruro y los parajes recónditos del *metal del diablo*.

El Primer Manifiesto del Surrealismo lanzado por André Breton en 1924, que supuso un movimiento literario y artístico de vasta influencia en el siglo XX, se alzó contra toda forma de orden y de corriente lógica, moral y social. Con propósito recordatorio, *El Duende* publicó el Manifiesto en 7 fragmentos.

Recuerdos y un brindis por Augusto Céspedes, una obra inédita del celebrado escritor y promotor cultural Mariano Baptista Gumucio. El original publicamos en 4 partes. El autor tuvo elogios para *El Duende* porque la pieza inédita fue la cuna del libro biográfico que después apareció sobre el gran maestro Céspedes.

África y Julitane, probablemente un adelanto para una autobiografía del académico Hugo Celso Felipe Mansilla, apareció en 8 partes en *El Duende*. La introducción transunta un delicado sentimiento al recuerdo; cuando el autor dice: *Los ríos de aguas mansas y oscuras, la estepa y el desierto, la selva y las ciudades del África Occidental, están unidas en mi memoria al recuerdo de Julitane. No me gustó esa parte del continente ni sus gentes, ni sus paisajes, y mucho menos su ámbito político. Y, sin embargo, cuando pienso en aquel tiempo, qué fue el de mi segunda juventud, la remembranza de Julitane se sobrepone a todo y embellece una etapa que sin ella merecería ser calificada como mediocre y tediosa.*

La Página octava.

Ha sido —sigue siendo— un espacio para destacar la acción protagónica en el campo de las letras y las artes:

Letras Orureñas. Fue una labor de largo aliento. *El Duende*, entre 1995 y 2003, registró más de 230 autores, revalorizando su aporte a las letras. Tenerlos en eviden-

cia a los olvidados o ignorados fue una tarea gratificante. Quienesquiera asomen su interés para estudiar la vasta representación de escritores orureños, tendrán una veta con mención bibliográfica y una muestra antológica de cada autor.

El dulce vicio de escribir. Supuesto el agotamiento de recolección de autores de relevancia, se encontró en *El dulce vicio de escribir* (entre 2004 y 2005), el modo de recrear, mediante cartas intercambiadas, la intimidad entre dos personas distantes, rastreando así el modo cómo la historia de la humanidad, puede ser contada a través de misivas, diarios íntimos y otras formas, con solo la voluntad de comunicarse.

Milagros de la Pintura Boliviana. Con otro viraje, privilegiamos la plástica, durante tres años (2006 a 2008), mostrando que la pintura y la literatura, por extraño que parezca, pueden entenderse como artes hermanas. A propósito, viene a la memoria una vieja leyenda que cuenta de un monje tibetano que, sentado a la vera de un bosquecillo de bambú, rodeado de pájaros y crisantemos, en una tarde de brisa, se dispone a pintar: *Qué pintaré*, se pregunta. ¿El bosquecillo de bambú? No lo convence. ¿Los pájaros en el cielo? No lo convencen. ¿Los crisantemos mecidos por la brisa? No lo convencen. Por fin, después de mucho meditar, el monje decide: *Ya sé*, se dice a sí mismo: *Pintaré la brisa*. Pintar la brisa, que no se ve, con un pincel o con la palabra es el deseo final, confeso o no, de todo artista.

Durante tres años, la página octava se convirtió en galería de arte, mostrando lo mejor de por lo menos 78 pintores bolivianos

La máquina del tiempo. Entre 2009 y 2010, esta sección conjunción lecturas estéticas y temáticas para reflejar momentos históricos del país desde la literatura comprendida entre la época independentista y el primer período republicano con el aval del notable crítico Adolfo Cáceres Romero, encontrando en los cultores de aquel tiempo dominio fulgurante del verso y la prosa con espíritu de libertad.

El músico que llevamos dentro. A partir del año 2011, *El Duende* abordó desde la escritura el subyugante campo de la música, divulgando composiciones al influjo de sociedades y épocas en el ámbito inagotable del lenguaje universal. En un primer ciclo la sección se ha ocupado del mundo occidental, prodigado fastuoso en su evolución, mostrando a 50 exponentes esclarecidos por la aureola de sus glorias.

Próximamente, pasando por las composiciones en el continente, asumiremos el desafío de destacar la música nacional, desde sus orígenes más selectos.

Todo hito, como el que nos señala la Edición 500 de *El Duende*, es el fin de un camino expresado en realizaciones, también deberá ser el principio de un porvenir.

Las cartas de adhesión al arribo de la edición quinientos, por su profundidad y su fuerza de convicción, nos emociona, porque proviene de instituciones y personalidades del mundo intelectual amante de las letras y las artes.

Su amistad nos llena de orgullo, porque esa relación está unida a nosotros en la aventura del raro oficio de hacer de la cultura un vehículo promotor del desarrollo humano.

(*) Luis Urquieta Molleda, Director de "El Duende"
Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua



Desde mi rincón

Un Duende que camina

TAMBOR VARGAS

Es el caso, por lo menos, de "El Duende" de Oruro. Lo lleva haciendo desde hace 500 números, lo que equivale a unos 250 meses; es decir: cerca de 21 años (será el 1991, supongo).

Empezó con cuatro páginas; hasta que, salvo error, las dobló a partir del nº 137, correspondiente al 16 de agosto de 1998; y desde entonces, si no me equivoco, ha mantenido este ritmo y este formato.

El tiempo y la experiencia también han dado lugar a otra evolución, cualitativa ésta: toda la que va y quedó documentada y reflejada entre un "suplemento de la cultura orureña" y un "suplemento orureño de cultura" (donde el orden de los factores si altera el producto). La primera fórmula duró hasta el nº 180 (9 de abril de 2000); el segundo comenzó con el nº 181 (23 de abril de 2000). Toda una revolución: lo orureño pasó de ser la materia tratada a la simple sede de una mirada hipotéticamente universal.

Pero no me toca a mí relatar la vida y milagros, por dentro, de este duende andariego. En realidad mi participación pude, en verdad, calificarse de última hora; y hay en él muchísimas cosas que desconozco. Que otros, pues, escriban y nos cuenten su historia. Yo prefiero más bien destacar la proeza de su existencia. De orígenes modestos, como corresponde a lo que quiere ser auténtico; con el tiempo ha ido sacando ramas y ramillas, con sus hojas y frutos. Y lo ha hecho sobre la base de una tercera persistencia, que suele ser la primera condición para que algo pueda alcanzar desarrollo.

Emprendió la marcha cuando en el país iban desapareciendo, uno tras otro, casi todos los suplementos literarios de la prensa nacional. A veces, desaparecían juntamente con el mismo órgano periodístico que le daba cobijo (pensemos, por ejemplo, en "Última Hora", "Presencia", "Prensa Libre", "Hoy"...). En otros casos, tales suplementos han subsistido, pero -de hecho- transformados en su contenido: alimentados por material extraño y lejano, 'bajado' del éter informático; o puestos al servicio prácticamente exclusivo de lo que algunos siguen empeñándose en denominar las 'industrias culturales', es decir: el espectáculo, el ruido pseudomusical, el comercio bibliográfico, etc.

Curiosamente, en aquella coyuntura, aparecieron y persisten dos verdaderos suplementos literarios / culturales: "El Duende" orureño y "El Cántaro" tarijeño. Cuando digo "verdaderos suplementos", me refiero a que se proponen prolongar la larga tradición boliviana, sin desdecirla. Y el que este fenómeno se produzca en dos ciudades tan alejadas del 'eje' del país, invita a preguntarse si es una pura casualidad o más bien expresa cierta lógica.

Vistas las cosas desde esta perspectiva, estamos ante un momento poco glorioso de esta parcela de la vida literaria boliviana que se cobija bajo el periodismo, que la encauza. Las 'razones' deben ser múltiples y quien quiera las puede encontrar enumeradas repetidamente: el descenso puro y simple de la lectura; el ascenso de lo que viene vehiculado por internet; los cambios de gustos, mitos, fielidades y prejuicios. El Duende ha venido a llenar un hueco en el mismo momento en que se empezaba a producir.

Para evaluar el impacto que puede tener El Duende en el país, no podemos olvidar que se mueve de la mano del diario "La Patria" (fuera de la cantidad -pequeña, supongo- que moviliza por su cuenta la entidad patrocinadora, la Fundación ZOFRO). Las cosas son como son y nadie puede reemplazarlas por imaginaciones o buenos deseos. A pesar de ello, los tiempos que vivimos han llegado a tales grados de decadencia, olvido, traición y banalidad, que se equivoca quien quiera calibrar el servicio que presta nuestro Duende recurriendo a demasiado conocidas fórmulas de evaluación de impacto y otras hierbas.

Pienso, en cambio, que el metro del caso es el que emana de la simple constancia de una batalla quincenal, dada a pecho descubierto, sin aplausos de un público casi seguro filisteo; o peor aún, que se alimentara de un financiamiento espurio o de muy dudosa procedencia.

Como siempre, este tipo de combates tiene su Quijote. En este caso, el Ing. Luis Urquiza, tan discreto como eficaz. Y hablando de eficacia, tampoco podría callar la ayuda sistemática que él y El Duende reciben de Julia Guadalupe García, cuyos casi ilimitados recursos más de una vez me han dejado estupefacto.

Congratulémonos, pues, quienes estamos en el baile: es un honor que nuestra presente vinculación con El Duende coincida con su salida semimilenaria. Deseémosle también una vida todavía larga, lo más larga posible. Y si las fuerzas incomparables de los cambios históricos un día le rompen su cuello erguido, que muera en el mismo campo de sus batallas, sin claudicar, sin renunciar a las convicciones, sin dejarse trastumtar con juegos de artificio.

En lo que le concierne personalmente, el Tambor Vargas se siente honrado de haber entrado a formar parte de quienes se incorporaron a tamaña aventura. Sabe muy bien que nadie es eterno: también él un día publicará la que resulte su postrema colaboración; y seguramente otros vendrán a llenar el vacío que habrá dejado. Pero nadie ni nada le podrán quitar lo ya bailado.

Gracias, Ing. Luis Urquiza Molledo.
Gracias



La aparición de *El Duende*

De acuerdo a quienes los estudian, los duendes son seres atemporales e interdimensionales. A veces se presentan en nuestra dimensión, sorprendiéndonos cuando lo hacen. Hoy, me ocuparé de asuntos de duendería, con cierto escrúpulo, considerando que estos asuntos fueron tratados por graves personajes, como es el caso de Paracelso, quien los tenía por *virtuosos, viciosos, puros e impuros, mejores o peores, como los hombres, poseen costumbres, gestos y lenguaje*.

Mis afanes se dirigirán a un solo duende, lo que ya es bastante, sino demasiado. A un duende muy especial y simpático, a *El Duende*. Un duende de linaje orureño y antigua prosapia.

¿Cuándo tuvo *El Duende* sus orígenes? Es difícil saberlo, puede conjeturarse que algunos siglos, digamos tres o cuatro. Su presencia, evanescente y errabunda, se insinuaba en nuestra villa colonial. Se lo intuía deliberando con el Tío de la mina. Se lo sentía juguetando con Supay, en la serranía de Uru – Uru. Los revolucionarios de 1739 y los de 1781, sin saberlo, lo tuvieron presente en sus conciliábulos secretos, porque *El Duende* es espíritu y palabra. Posteriormente, rondaba por las tertulias literarias de los poetas románticos de Oruro.

Después, se hizo presente en la ya mística taberna de *Los Tres Osos*, donde su ser etéreo se confundía con las volutas del humo de los cigarrillos de Antonio José de Sainz y de Luis Menéndez Santa Cruz. Y así, *El Duende* continuó su vida errabunda, sin abandonar los límites de Oruro, ciudad que lo encunara en su ámbito mágico.

Los duendes, en algún momento, deben manifestarse. Algunas personas se encuentran especialmente dotadas para contribuir que tal hecho suceda. Y esto es lo que ocurrió.

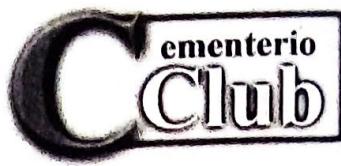
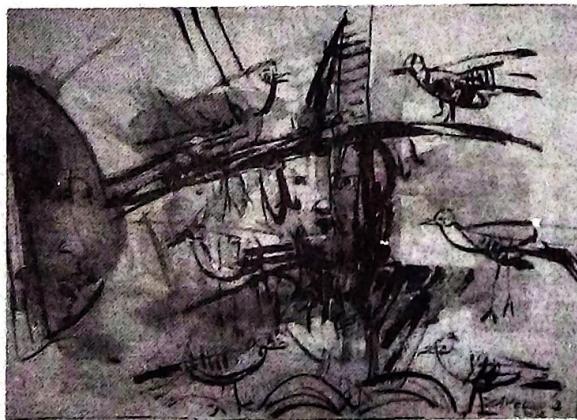
El Duende, se había ido formando con absoluta espontaneidad. Fue despojándose de nébula que lo rodeaba, como se despoja la mariposa de su crisálida. En las frías noches orureñas, se lo presentía en la Plazuela del poeta, que, para honor suyo, lleva el nombre de la insigne poetisa orureña doña Milena Estrada Sainz. Se hizo discreto y silente parroquiano de la recordada Galería *Imagen*. En las noches –breves como todo lo placentero– los bohemios bebían con él. Sin verlo, intuían su simpática e inquietante presencia. Tenían la sensación de que aquel espíritu errabundo emanaba de ellos mismos. Por entonces, se dijo que, en dos o tres oportunidades, algunos bebedores iluminados habían columbrado su presencia, su figura tocada de gran chambergo.

Y sucedió que *El Duende* se hizo palabra: Bittergió de los antiguos talleres del diario *La Patria* –donde se refugia–, se apareció en una memorable ocasión, y, desde entonces para regocijo de sus innumerables admiradores, se aparece cada quince días, causando, cada vez, una renovada sorpresa, como todo duende que se respete, entre quienes contemplamos, murvillados, su aparición.

Los que oficiaron a manera de taumaturgos, prohijando la aparición de *El Duende*, son Alberto Guerra Gutiérrez (†), conocido poeta; Luis Urquiza Molleda, académico, hombre de letras y generoso Mecenas; Benjamín Chávez Camacho, poeta laureado y prestigioso literato; Julia Guadalupe García, poetisa inspirada y *last but not least*, el talentoso artista plástico Erasmo Zarzuela.

Enhorabuena y gracias, hoy que celebramos el medio millar de las apariciones de *El Duende*, deseando que éstas continúen sucediéndose cada quince días y lleguen al millar de millares.

Carlos Condarcó Santillán
Cotochullpa, julio del 2012



Escribir en *El Duende* III

La literatura, se sube, y también las demás disciplinas artísticas, están hechas en base a la fidelidad. Fidelidad al proceso creativo, a la búsqueda incansante de nuevos horizontes, a la condición ética y estética de toda propuesta genuina. Al revisar los textos que serían publicados en este número, la edición 500 de *El Duende*, suplemento orureño de cultura, se puede ver otra dimensión de esa fidelidad, me refiero a aquella que tiene que ver con el valor consecuente de la amistad.

Un vistazo a las firmas presentes revela claramente que a lo largo de todos estos años, *El Duende* ha cultivado amistades imperecederas. Son las de escritores, académicos de la lengua, investigadores, historiadores, artistas plásticos, comunicadores y otros artistas que leen, escriben y acompañan a este suplemento desde hace mucho, porque acaso han encontrado en él, como, de hecho, lo manifiestan en sus respectivos textos, un espacio gregoriano y atendible en medio de las soledades que angustian o la maraña agobiante de lo cotidiano. La comparación entre este número y, por ejemplo, la edición 400 y aún la 300 de este suplemento, evidencia esa fidelidad de amistades forjadas en torno al hecho artístico.

Como en todo proyecto de este tipo, además, tan extendido en el tiempo, han sido muchas las personas que han cooperado en sostener el emprendimiento. Una tarea grata y reconfortante que ha sido capaz de llegar hasta aquí gracias al trabajo de todas ellas.

Alberto Guerra, junto a Edwin Guzmán y Eduardo Kunstek, los iniciadores de esta publicación allá por los años 80 en el seno de las tertulias literarias de Galería *Imagen*. Luego, su incorporación como suplemento dominical del periódico *La Patria*, bajo el nombre de *El Faro* y la dirección de Luis Urquiza. Y luego, claro, la recuperación del nombre y la continuidad de la historia que hoy ya posee 500 ediciones.

Del primer equipo, Alberto Guerra ya no está entre nosotros, Edwin Guzmán radica en La Paz y Eduardo Kunstek en Santa Cruz, al igual que Berny Sallinas, su esposa, quien fuera la primera coordinadora de *El Faro*. Quienes quedamos, Luis Urquiza, Erasmo Zarzuela, Julia García y mi persona, no podemos sino recordarlos entrañablemente, agradecer a la fortuna que hoy nos mantiene unidos y a todos los colaboradores, que se cuentan por centenares, así como a los lectores de *El Duende*, al periódico *La Patria* y a la Fundación Cultural ZOFRO.

De quienes, junto a Alberto Guerra, ya habitan otras dimensiones, fueron Roberto Echazú, Gonzalo Vásquez Méndez y Raúl Lara, nos dejaron, en los últimos años de sus vidas, imborrables recuerdos en torno a *El Duende*. Gonzalo Vásquez y Roberto Echazú, excelentes poetas, poblaron de versos estas páginas y Raúl Lara, además de engalanarlo con exquisitas imágenes, también narró una hermosa historia que confiere a estas páginas un aura, por decirlo de algún modo, trascendente, porque aquella ya lejana mañana en la que él, recostado en su cama leía *El Duende*, el mismísimo Van Gogh, materializado por las misteriosas fuerzas de la hermandad artística tocó el timbre de su cuna en las faldas del cerro San Felipe y comenzó una amistad de días intensos en torno a los apis del mercado Fernán López, cervezas en el bar Huari y las morenadas del carnaval de Oruro.

Quiera Dios que esa posibilidad convocatoria y comunicativa de *El Duende* se mantenga abierta.

Benjamín Chávez

Elogio de un pertinaz aparecido

El Duende fue durante algunos años una deliciosa y enriquecedora experiencia, una inolvidable faena, hasta que el azar me instó a zarpar a otras latitudes y ahí continuaron nutriéndolo otros hermanos de oficio –generosos y consecuentes hermanos. De ahí en adelante, fue su incondicional lectura, uno que otro artículo fugaz y la nostalgia por la nave que dejé cruzando el horizonte.

Aquella primera época del suplemento, junto a Alberto Guerra y Eduardo Kunstek nos turnábamos en la elección del material para el número emergente. Cada cual traía una experiencia propia de lectura y formación. Cada cual compulsaba sus dilecciones, visiones y compulsiones, y así iban emergiendo poemas, ensayos, textos, imágenes que se conjugaban para cristalizar en la puntual edición de los domingos.

Cortázar, Hilda Mundi, Julio Ramón Ribeiro, y una larga lista de opciones desfilaban ante nuestros ojos. De por medio –recuerdo– se avenían cómplices eventuales: el luminoso Jorge Zabala y el puntilloso Zeke Rosso con sugerencias y conversaciones interminables de las que emergían ideas y propuestas disímiles.

Los números conjugaban el aquende y el allende, es decir liábase generosamente la producción cultural local, nacional e internacional, bajo una concepción integral de las letras. ¿No era gratificante leer por ejemplo un texto de Eduardo Nogales con un ensayo de Emile Cioran en el mismo número? Es decir, ¿los escritores del terruño codo a codo con firmas de trascendencia universal? O, ¿enfrentar los esperpéticos dibujos de Topor avecindados con los poemas de Milena Estrada Sainz? Es decir, ¿la puesta en escena de un imaginario ácido junto a las palabras leves y diáfanas de la poeta? Heterodoxia, dialécticas creativas y pluralidad se dieron cita en *El Duende*, además de la danza performativa que suscitaba en la comarca y los puntos cardinales que trataba con su periódica llegada.

De este modo, el Duende fue hinchando el vientre y abombándose bajo el sombrero. Su tono lenguaraz no cesa(ba). Número tras número, imperceptiblemente, fue precipitándose en el imaginario de un público que crecía y se complacía, incluso, más allá de nuestro venerable altiplano. Pertinaz, no cesó de trascender los años, y ya, al cabo, alcanzó el exorbitante número 500. Cifra exponencial, si de publicaciones literarias y culturales se trata.

Pero, ¿qué diablos pretende este mítico personaje al alcanzar ya sus 500 apariciones? Aquí evoco ese memorable debate de aquellos 60, cuando Sartre/Beauvoir junto a otros contertulios inquirían: ¿Para qué sirve la literatura? Pregunta, hoy, nuevamente actualizada y lanzada no sin connotaciones críticas y políticas, desde el libro-ensayo de Antoine Compagnon, una vez más: ¿Para qué sirve la literatura?

Un suplemento, por supuesto, no es un género literario *per se*. Más bien es un medio que tiene la función de divulgar y motivar la lectura de lo meramente literario o, en su caso, promover el acceso a diferentes campos de la cultura, desde las letras. Es también una lupa. De este modo, busca estimular el dichoso hábito de la

lectura, el cual, como es sabido, es generador de placenteros estados de conciencia y lucidez. Espeta esa imaginación roída por la rutina, aguza nuestra sensibilidad que el tráfico de la repetición desgasta, fortalece y enriquece nuestro lenguaje.

Una publicación, así concebida, nos da la oportunidad de acceder a mundos insospechados de la mano de la imaginación, a escritores prestigiosos, a re-descubrirnos a través de nuestros intelectuales y creadores. Sobre todo, cuando en nuestro medio, todavía la literatura libre es un fantasma inaprensible o un fetiche frente a la cual sólo caben el desdén o la mitificación ostentosa. Claro, con frecuencia la cultura literaria suele ser tangencial, de poca llegada, donde en muchos casos simplemente se rota *ad nauseam* sobre un manojo de manidos autores, salvo ventajosas excepciones. Y por supuesto –¡cómo obviarlo!–, en otro plano, sobre todo a causa del limitado acceso de las mayorías a ese aparato industrial atiborrado de precios, mercados, elitismo, esoterismo, tornándolo una muralla poco menos que infranqueable. Ergo: *El Duende* abre compuertas a la fiesta de las letras, hace que lo hermético se torne democrático, lo que sin duda es más edificante que la zarabanda televisiva y los turbiones políticos.

Saltando la barda, *El Duende* es uno de esos agujeros negros que nos conecta con esa otra materia de la que también estamos hechos: la exigencia de la perfección, la necesidad de inquirir, el deseo de nuevas búsquedas, el cultivo y la crítica de los valores, la propulsión de ideas, la capacidad de pensar con autonomía y es más, el deseo de mantener los ojos abiertos frente a un mundo que tiende a autofagocitarse y a desconocerse en lo esencial. De ahí es que se empeñe en abrir espacios de comunicación y de acercamiento, puentes plurales de doble vía; ya lo decía Steiner: *la lectura sigue siendo el lugar por antonomasia del conocimiento de uno mismo y del otro*. En fin, con la literatura, su materia prima, como una forma de felicidad y de tristeza, como un viaje hacia adentro y hacia afuera.

Más que el instrumento de una estrategia cultural o vaines burocráticas por el estilo, *El Duende* continúa siendo hijo de una pasión. Imposible haber sido alentado durante tanto tiempo al margen de la perseverancia, la convicción y el entusiasmo. En tal empresa boga ese excepcional substrato humano que lo hace posible, creíble e incondicionalmente leíble: Luis Urquiza, Erasmo Zarzuela, Benjamín Chávez y Julia Guadalupe García. Ellos, por supuesto, merecen un sincero abrazo; y al *Duende*, va un guiño cómplice, por su estatura y su incansable manía de agitar el caldero de la actividad cultural de Oruro y el país.

Edwin Guzmán Ortiz. Oruro.
Poeta y crítico de arte.



Aplausos a *Lucho* en la 500 aparición de su *Duende* en *La Patria* de Oruro

En Oruro, mi amada y añorada tierra natal, tengo el placer de contar desde hace muchos años entre mis mejores y más admirados amigos a Luis Urquieta Molleda. Natural de Cochabamba, se formó como ingeniero civil en la Universidad Técnica de Oruro (UTO) y se afincaría en la capital orureña para siempre, a partir de 1953, al establecer su empresa constructora y más tarde Zona Franca en 1991 y posteriormente al tornarse catedrático de la Facultad de Ingeniería Industrial de la UTO cuyo Decano llegaría a ser.

Creativo, dinámico y servicial como es, "Lucho" alcanzó pronto tan alto nivel de prestigio que presidió con brío y con brillo la Federación de Empresarios Privados de Oruro de 1991 a 1994. Y a mediados de septiembre de 1993 creó en el ámbito empresarial la Fundación Cultural FEPO dedicada a propiciar la creación intelectual por medio de actividades interesantes y convenientes para Oruro. Por ejemplo, promovió labores de la Unión Nacional de Poetas al desempeñar la presidencia de la filial orureña y fue invitado a ser miembro de la Sociedad Boliviana de Escritores y del PEN Bolivia. Más recientemente, en 2007, fue incorporado a la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, como Miembro de Número, cuyo directorio integra actualmente. Es, pues, en suma, un eminente e incansable promotor del desarrollo cultural –especialmente en el campo de la literatura– que da renombre a Oruro a escala nacional.

En reconocimiento público le fueron otorgadas en 1995 la Medalla de Oro de la Unión Nacional de Poetas-filial Cochabamba, en 2001 la Condecoración Departamental al Mérito "Sebastián Pagador", en 2004 el diario orureño *La Patria* –en el que me honro haberme iniciado en el periodismo– le rindió un homenaje *por la relevante y acertada conducción del suplemento "El Duende"*, que contribuye a sustentar a *La Patria* en lugar preponderante del periodismo nacional; y en 2006 recibió de la Universidad Técnica de Oruro el "Premio Diablo de Oro" a la Excelencia en Comunicación.

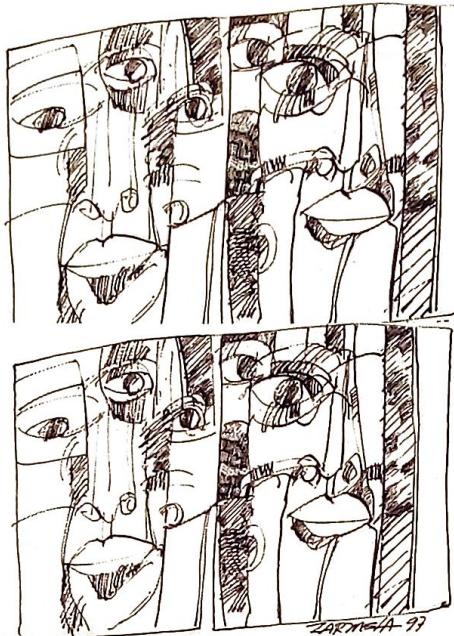
Igualmente ganó distinciones en los campos profesional y empresarial como la que le brindó en el Centenario de su fundación la Facultad Nacional de Ingeniería de la UTO "por ser un digno ejemplo de ingeniero y haber aportado al desarrollo del país."

La obra cultural más importante, celebrada y perdurable de "Lucho" Urquieta es, sin duda, la publicación del singular y excelente periódico literario *El Duende*. El famoso escritor y promotor cultural Mariano Baptista Guzmucio lo ve así:

Si bien la ingeniería le ha dado el "haber mantenimiento", que decía el arcipreste de Hita, las letras han sido la pasión dominante de su vida. Quijote de la altiplanicie, Luis Urquieta, profesional de la ingeniería, campo en el que ha conquistado tantos lauros, irrumpió con un grupo de colaboradores y decide en una de las ciudades más castigadas por los avatares de la fortuna, como es Oruro, plantar un lábaro, sembrar una semilla y que ella florezca, para bien de Bolivia, cada quincena, sin faltar una, en esta última década: El Duende...

Recto y delicado como es, Urquieta ha señalado públicamente que la iniciativa para la creación de una publicación literaria con el nombre de "El Duende" fue del insigne poeta orureño Alberto Gutiérrez (†), con anterioridad a la relación entre ambos. En efecto, en una noche bohemia, Alberto, unido a los jóvenes poetas

poeta orureño Alberto Gutiérrez (†), con anterioridad a la relación entre ambos. En efecto, en una noche bohemia, Alberto, unido a los jóvenes poetas



Edwin Guzmán y Eduárd Kunstek, ideó un boletín de divulgación cultural en formato media carta, que se denominó "El Duende" con la dirección editorial a cargo del mismo Alberto Guerra. El primer número del boletín, que fue impreso por la Editorial Lilial, salió a las calles en la noche del 22 de junio de 1988 y el 9 de agosto de 1991 llegó a nada menos que 500 números, cifra histórica que marca la culminación del hermoso emprendimiento, brillantemente conducido por "Lucho", para orgullo de Oruro y honor de Bolivia toda.

clarecedos poetas y escritores orureños, que dio origen y cima al proyecto cultural que hoy el nuevo grupo dirigente se ha propuesto ponerle término sin más razón que la sinrazón.

Tan deplorable circunstancia ha dado lugar a que la separata interrumpiera su continuidad en cuanto hace al nombre pero en modo alguno ha podido trastocarse, menos anularse, el espíritu y la voluntad de un suplemento inscrito y enraizado en las querencias de sus lectores y de los bardos que le han dado lustre y jerarquía. Habrá que decir también que la transmutación de *El Faro* a *El Duende* no es sino el feliz trasiego de un producto cultural hacia su plenitud. El gnomos, duende, espíritu travieso y guardián de los tesoros ocultos, acrecerá evocando su origen luminoso.

Gracias a los bondadosos envíos de "Lucho" he tenido el placer de seguir de cerca la ejemplar evolución de *El Duende*, especialmente en su segunda etapa, desde abril del 95 hasta ahora. He disfrutado, pues, quincenalmente de una jugosa variedad de materiales. Por una parte, artículos y poemas de excelentes autores y autoras –consagrados y debutantes– tanto de Bolivia como de otros países, incluyendo a personajes sobresalientes de Latinoamérica y Europa. Y, por otra parte, muy bellas obras pictóricas principalmente nacionales.

En febrero 17 de 1997 *El Duende* llegó a su número 100. Subió a 200 en enero 14 de 2001. Arribó a los 300 en noviembre 14 de 2004. En agosto de 2008 alcanzó la elevada cifra de 400 números. Y ahora, en julio 22 del presente año de 2012, culmina su extraordinaria trayectoria llegando a nada menos que 500 números, cifra histórica que marca la culminación del hermoso emprendimiento, brillantemente conducido por "Lucho", para orgullo de Oruro y honor de Bolivia toda.

Es, pues, con plena razón que el monumental Diccionario Histórico de Bolivia, publicado ya en el 2002 por el Doctor Josep Barnadas con algo más de 3.800 textos, incluyera a *El Duende* con menciones como éstas:

...Una de sus mejores contribuciones ha sido la última página de cada número dedicada a dar a conocer a autores orureños antiguos y nuevos mediante un breve apunte biográfico y un fragmento antológico, dando una amplia acogida a los jóvenes de apenas 20 años de edad...

Cierro estas líneas con un fuerte abrazo para "Lucho" en el regocijante día del medio millar de números de *El Duende* y reproduciendo estas palabras mías en él publicadas:

En febrero de 1997, al sumarme al festejo de su primer centenar de ediciones, hice este señalamiento que estimo aún pertinente:

En Oruro siempre hubo gente capaz de hazañas tales. El brazo que trozaba rocas para extraer ingresos también pulsaba liras. El puño que pugnaba por forjar industrias trazaba a la par sueños en papel, caballete y pentagrama. Nunca se entregó este pueblo a la códicia con ceguera. En lo alto del empeño mineral brilló siempre el reclamo del espíritu, la canción del alma en el crisol del alba. Es esa tradición de conjugar lo físico con lo inmaterial uniendo piedra y cielo, amalgamando sudor con embeleso, la que ahora rescata y perpetúa 'El Duende' de Lucho y sus cofrades de locura loable. A ellos, en la centésima entrega de sus preciadas páginas, honor y aplauso con admiración y afecto.

Y añado hoy la convicción de que el literato empresario Luis Urquieta ha llegado a ser, por tanto, un paradigma de la orureñidad."

Luis Ramiro Beltrán Salmon.
Premio Mundial de Comunicación McLuhan.

A propósito de 500 números de mi suplemento favorito

Todos queremos un *Duende*

Durante la pasada *Noche de Museos* en La Paz, la *Fundación Cultural Huáscar Cajías* organizó un coloquio sobre literatura boliviana. La especialista Marfa Dora Cajías se encargó de hablar sobre los momentos sobresalientes de las letras nacionales y sobre sus autores más representativos. El discurso dio lugar a una tertulia sobre los suplementos literarios de épocas de oro del periodismo boliviano. Alguien se lamentó: *ya no se encuentran esos artículos*.

Un asistente reprochó: *Sí, aún existen esos espacios extraordinarios. El suplemento "El Duende" del periódico orureño "La Patria" es una trinchera para conocer las últimas publicaciones bolivianas; para recordar a los mejores escritores, poetas y gestores culturales del país; para aprender sobre literatura, música, arte universales.*

Así es, respondió Marfa Dora, catedrática de literatura en la Universidad Mayor de San Andrés, y otros tertulios comentaron sus experiencias con el duendecillo que se aparece cada quince días.

También yo compartí mi fraternal relación con este esfuerzo único en el país. Lo colecciono desde hace una década, corto sus artículos para pegarlos en un álbum especial y lo aprovecho con toda mi familia porque el material de *El Duende* es siempre una enseñanza para todas las edades.

Gusto de sus secciones especiales que nos permiten profundizar el conocimiento sobre las artes bolivianas o, como sucede desde el pasado año, sobre la música universal.

El Duende escoge poesías de autores continentales con brochazos de biografías que generalmente son novedosas. Es más difícil adquirir un libro de versos que un tiquete de avión y por ello tener acceso a poesía es un regalo. Otra sección reproduce frases célebres, útiles para el alma. El relato breve tiene espacio en la segunda página, siempre con algún sentido coyuntural.

Hay una página destinada a contribuciones permanentes, sobre temas culturales diversos, y otra que sirve para que esporádicos colaboradores escriban acerca de asuntos de su interés, historia, viajes, libros, acontecimientos.

En cambio, las hojas centrales imprimen ensayos que permiten reflexionar sobre nuestro tiempo, su sentido existencial, sus búsquedas, sus caídas y los muchos obstáculos. Es como el ropaje de un Ekeko, donde aparentemente hay de todo un poco, pero esa variedad adquiere una línea de trabajo cuando nos damos cuenta de su contribución para pensar en nuestra época.

Como siempre, el suplemento orureño no pierde número sin la contribución de Erazmo Zarzuela que le da su particular personalidad y lo convierte a su vez en preciosa obra, coleccionable.

Con la experiencia de la tertulia del 19 de mayo pasados, aconsejaría a *El Duende* enviar regularmente sus ejemplares a la carrera de Literatura de la Facultad de Humanidades de la UMSA, la única permanente en el país, para su mejor difusión y para su archivo en la Biblioteca de Humanidades. Seguramente, catedráticos y alumnos estarán agradecidos.

**Lupe Cajías de la Vega. La Paz. Periodista
Movida Ciudadana Anticorrupción**

Cuentan por ahí que *El Duende...*

Cuentan que *El Duende* ya no es un mito, que se te aparece cada 15 días en su ciudad natal, Oruro. Que su padre fue un poeta, otros dicen que minero, contrabandista de frontera... ¡vaya uno a saber! Yo sigo sosteniendo que fue un artista minero. Lo cierto es que con el vate Alberto Guerra le hicieron muchas travesuras al misterio.

Recuerdo que a fines del 40, en el domicilio del pintor José Rovira, excelente acuarelista, se reunían los imagineros Héctor Borda Leaño, los hermanos Luis y Alberto Guerra Gutiérrez, José Miranda, Oscar Sevillano, Fernando Berthín Amengual, Raúl Gil Valdez, Juan Celfi Peñaranda, Humberto Jaimes Zuna y los cónsules de Chile y España. Se fumaba y bebía, pero más se creaba. Yo, era un adolescente que me fascinaba estar en silencio y compartir los años de bohemia como mandadero que compraba tragos, cigarrillos o bocaditos. Muy tarde en la noche, cuando iba solo por las calles cumpliendo tales menesteres, (pre)sentía que *El Duende* me acompañaba.

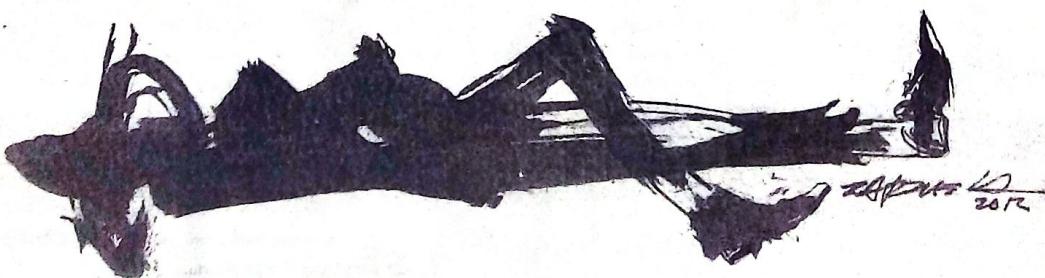
Un buen día, llegaron al taller de Rovira los salteños Manuel J. Castilla y el compositor El "Kuchi" Leguizamón, acompañados por Milena Estrada. Allí coqueaban como originarios pluriculturales; como yo, cuando pinto pero más cuando esculpo. Castilla hablaba del coqueo del norte argentino y del duende que allí hace los mismos encantamientos. El *Coquena* de mina Pirquitas de Jujuy era el mismo *Duende* de Itos, San José y Huanuni, que tiene su guardia en chicherías, casas de poetas y talleres de artistas; ellos pasan donde se sienten más cómodos. Dicen que *El Duende* sale de los rajes de interior mina o los manantiales para bañarse en los charcos de copajira y que seca sus formas revolcándose en los arenales del sur y el norte de la tierra Uru.

Un buen día de frío invierno, el duende y Alberto Guerra se fueron al Bar Huari donde los esperaban los danzantes Luis Urqueta, Benjamín Chávez, Edwin Guzmán, Erasmo Zarzuela y la encantadora china Julia García; entre abrazos y brindis dieron real nacimiento, bautismo y bendición a *El Duende*, deseándole ¡salud! Luego, en comparsa se fueron a la bocamina Santa Rita y la ch'alla continuó en San José, Itos y la Colorada.

De pronto, otra patota apareció del lado de Chiripujio para acompañar al real acontecimiento. Estaba compuesta por Raúl Lara, su hermano y su sobrino; seguían los artistas Arnal, La Placa, Pérez Alcalá, Milguer Yapur, Marcelo Callau, Alberto Medina, Jesús Céspedes y Natalio Zambrana, entre otros intelectuales y artistas latinoamericanos.

Alberto, Luis, Benjo, Edwin y Erasmo no podían sostenerse en pie, emocionados por su embriaguez cultural. ¡No era para menos! Juntos levantaron sus copas cósmicas y sellaron su amistad con un brindis, un rostro asado y, al amanecer, con un api en el Fermín López y la Ranchería.

**Gustavo Lara Tórrez.
Oruro. Artista Plástico**



Víctor Montoya

El Duende es una maquinaria de papel que no para

Para quienes entramos en contacto con este singular personaje hecho de tinta y papel, no cabe la menor duda de que estamos frente a un mensajero de los sentimientos y pensamientos más profundos de lo mejor de nuestros creadores nacionales.

El Duende, desde sus inicios, tenía la intención de socializar los mejores textos escritos en verso y prosa, con el único afán de transmitir los sabios conocimientos atrapados entre los renglones y versos de los cultores de la palabra escrita.

Llegar a la edición nº 500 no es poca cosa; al contrario, es la demostración del trabajo tesonero de hombres como Alberto Guerra Gutiérrez y Luis Urquieta Molleda, quienes, por su declarado amor a las letras, no han cesado en empujar la rueda de la cultura orureña ni en publicar semanalmente *El Duende*, que se nos aparece con la insistencia de un ser que desea instalarse en nuestras vidas con el peso de la sabiduría y la razón.

El Duende, en cada uno de sus números, ha cobijado en sus páginas lo mejor de la literatura nacional e internacional. No existe otra publicación boliviana que haya dado tanto de qué hablar como este trasto que nos deslumbra y maravilla con cada una de sus ediciones preparadas con esmero y sentido común.

A tiempo de celebrar su edición Nº 500, no nos queda más que reconocer que se trata de una maquinaria de papel que no para, de augurarle mayores éxitos en el ámbito cultural y que se nos siga apareciendo con su sombrero alón, sus botas de charol y su *g'epi* henchido por las mejores joyas de la literatura universal. Así lo queremos ver siempre a *El Duende*, forrado de pies a cabeza con lo mejor de las letras e imágenes que nos invitan a volar en las alas de la imaginación.

¡Salud y prosperidad, querido *Duende*!



Alberto Guerra Gutiérrez en una plazuela de Oruro

En el Barrio Jardín zona Norte de la ciudad del Pagador, donde antiguamente los arenales jugaban con el viento, me tomé una fotografía junto al busto de Alberto Guerra Gutiérrez, una tarde fría de agosto y poco antes de que el ocaso empezara a teñirse en el horizonte. La plazuela, de ambiente acogedor y arquitectura ornamentada, luce un puente en la parte central y una fuente que genera cortinas y chorros de agua.

Llegué al lugar en la grata compañía de Carla Faviana González Gareca, profesora de literatura en un colegio de Challapata, donde un día sólo fui a degustar de los exquisitos quesos, los charques y los tostados de haba, pero que, por esas extrañas sorpresas de la vida, acabé dando una conferencia sobre mi vida y obra en presencia de la prensa local y en una aula repleta de estudiantes dispuestos a escuchar mis experiencias *Por el mundo - Mis universidades*, como diría Máximo Gorki.

Ver el busto de Alberto Guerra Gutiérrez, en un sitio público que hoy lleva su nombre, me causó una insosnable alegría, una alegría de esas que pocas veces emergen como torbellino desde el fondo del alma. No era para menos, este poeta *yatiri* era digno del mejor de los elogios de parte de sus coterráneos. Había que recordarlo de este modo, porque fue uno de los pocos intelectuales orureños que, a través de las filigranas del verso y los ensayos de antropología, dio a conocer el blasón de la ciudad, rescatando del acervo cultural la parte más mágica y tradicional del Carnaval de Oruro, declarado por la Unesco *Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad*.

Alberto Guerra Gutiérrez fue un hombre que, desde la sencillez y la sabiduría, sabía ganarse el aprecio de los amigos con su amabilidad y sonrisa franca. Lo conocí personalmente en el Primer Encuentro de Poetas y Narradores de Bolivia, celebrado en Estocolmo en septiembre de 1991, donde lo vi oficiar un ritual de *ch'alla* como todo buen *yatiri* y donde conversamos, entre trago y trago, de poesía y folklore, mientras el humo del tabaco negro dibujaba en el aire las siluetas de los amores y desamores en la vida de un poeta acostumbrado a desgranar sus versos entre los corazones violentamente apasionados.

Años después, cuando supe que cayó fulminado por un ataque cardíaco en plena calle, mientras caminaba rumbo a su casa, lo primero que sentí fue una honda tristeza y luego cruzó por mi mente la idea de que los orureños, junto a los miembros de la Unión Nacional de Poetas y Escritores (UNPE) y las autoridades edilicias, estaban en la obligación de rendirle un justo homenaje, a modo

de perpetuar su memoria, dedicándole una calle, una plaza o bautizando alguna de las instituciones culturales con su nombre, para que las futuras generaciones supieran quién fue Alberto Guerra Gutiérrez, ese vate de la poesía social, amigo de los niños mineros y querendón de las tradiciones más auténticas de su pueblo.

Su aporte a la cultura fue enorme: organizó tertulias literarias entre amigos, trabajó en la mina y ejerció la docencia, realizó estudios antropológicos sobre la cultura de los urus y desentrañó los mitos y las leyendas de la meseta andina. Su espíritu de investigador autodidacta y su inquietud por contribuir al ámbito de la literatura, lo impulsó a escribir libros con temática diversa y a fundar *El Duende*, esa revista de formato pequeño que desde hace años, gracias al impulso del Ing. Luis Urquieta Molleda, se publica como una suerte de suplemento literario del diario *La Patria*.

El haber estado en la plazuela que lleva su nombre, me colmó de honda satisfacción y el corazón me latió como caballo al galope, no sólo porque vi su busto sobre un pedestal y una placa recordatoria, sino también porque fue un amigo del alma, de esos a quienes basta conocerlos una vez para tomarles cariño y saberlos que siempre estarán ahí, como esos viejos duendes que, sin dejarse encadenar por los caprichos de la muerte y ansiosos por retornar al reino de los vivos, se nos aparecen una y otra vez.

Así permanecerá el poeta *yatiri* entre los milagros de la Candelaria y los danzarines del Carnaval, entre las dunas de arena y el lago de los urus, entre los cerros donde mora la víbora y los socavones donde los mineros horadan el vientre de la Pachamama, entre la roca que representa al cóndor y la roca que representa al sapo, porque como bien afirma la creencia popular: *Alberto Guerra Gutiérrez no se fue completamente con la muerte, por eso siempre estará entre nosotros convertido en viejo duende*.

Al cabo de tomarme la foto, como un entrañable recuerdo de mi paso por la zona norte de Oruro, me agarré del brazo de Carla Faviana González Gareca y me metí en el taxi de su amigo Gerson Yugar, quien, siendo profesor de Ciencias Naturales y egresado de la Escuela Normal Superior de Maestros Ángel Mendoza Justiniano, se ganaba la vida, como tantos otros profesionales bolivianos, conduciendo un taxi por las frías y polvorrientas calles de la Capital Folklórica de Bolivia.

Víctor Montoya. Escritor boliviano.
Reside en Estocolmo, Suecia



El año 1988, de las sombras apareció un duende para salir al escenario luminoso de un jardín de intelectuales llamado *Galería Imagen*, creado por Álvaro Toño González-Aramayo Deheza y Johnny Camacho. En aquella oportunidad, la aparición de *El Duende* sucedió a la invocación de Alberto Guerra Gutiérrez.

Acudían allí todas las noches poetas y *arawikus* para desgranar versos frente a una copa. También pintores, escultores, músicos y conjuntos musicales como *Astral*, y todo aquel que quisiera relajarse a gusto. La película mía (no video), basada en un cuento de Carlos Condorco Santillán, estrenóse en el Anfiteatro de la Facultad de Econo-

mía y se fue a celebrar en la *Galería Imagen*, local que tuvo efímera existencia pero fue de colosal currículum vitae. Pasaron por allí personajes como Ramiro Condorco, Carlos Condorco, Néstor Taboada Terán, Gonzalo Cárdozo, Alberto Medina Mendieta, Edwin Guzmán, Eduardo Kunstek y muchos más.

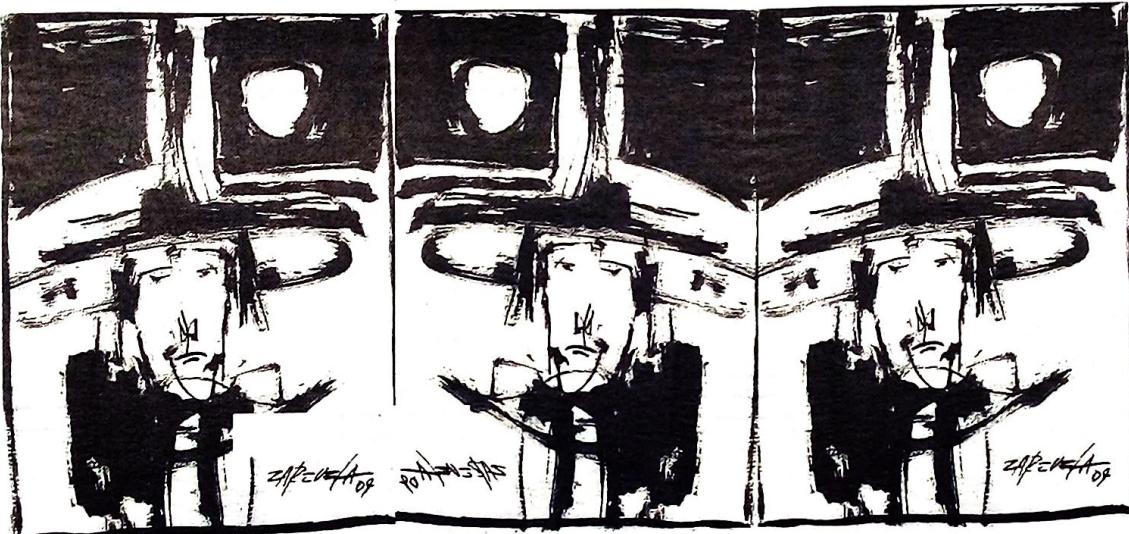
Ahora, como todo duende, es inmortal y cumplirá 500 vidas, después de aparecer cada 15 días entre los pliegos del diario *La Patria*, porque le ha dado impulso para sus apariciones el Ing. Luis Urquieta Molleda, quien celebra

con gran homenaje la vigencia de este fértil suplemento.

Lucho, al sostener cinco centenares de ediciones de este órgano literario, ha permitido el concurso de muchos escritores, ampliando el espectro cultural que ya es universal gracias a los actuales medios de comunicación.

Me adhiero con gran fervor a ese homenaje, con un fuerte abrazo a su promotor, mi entrañable amigo de siempre Luis Urquieta Molleda.

Vicente González-Aramayo Zuleta.
Escritor investigador.
Miembro de la Academia de Ciencias Jurídicas



Solo para tus ojos

Duende añorado:

Te escribo en secreto. Hoy me he levantado queriendo ir a encontrarte, pero tú, que lees mi pensamiento, descolgándote de la bicicleta de aquel canillita, me has sorprendido. Emocionada, he dicho: *Mi Señor, no sé si me quieras demasiada en carnes, pero tú sabes que en tiempo de crisis has de tener de dónde agarrarte...*

Los que estaban cerca, al escucharme, con recelo me han retado...

Que digan que estoy en acuerdo con el diablo, que profeticen mi caída, que me burlan en sus burlas los que no alcanzan tu sombra, que deploren mi regocijo por tu preferencia, que sepan que no estoy sola.

Duende místico, tú que sabes de mis formas, déjame gritar este amor prohibido.

Sean hinchados los pechos de tu dulzura, sean ensalzados los locos. ¡Que viva tu tinta líquida! Loada sea la noche que exhala tu nombre y tu aparición el ritual de mi vientre.

Gentil corazón mío, ahora que estás pleno, quiero brindar porque el ayer y el mañana sean hoy contigo. Tomada de tu mano, abrazada a tu cuerpo, puedo entrar derecho al infierno. Contigo al hombro alcanzaré el cielo cuando los ángeles estén extintos. Tu guardia es mi ermita, tu estrella mi atalaya, en tu alforja está mi alimento.

Para alcanzarte ha sido imperativo sober abismo, aprender a ser noble y serpentejar en tu cumbre. Me has enseñado el silencio, guapo compañero de altura. Caballero gentil de relumbrante armadura, tú encarnas la piedra. Con tu hálito mi corazón ha dejado de ser barro. Eres insustituible, divino mío. No dudes de mi sangre circular. Siempre regresaré a tu fuego.

Porque te inclinas para ayudarme, Duende pícaro, quiero contarte que me han dolido.

Me han acusado de gustar la noche, me han dicho que te persigo, que intento arrancarte un beso, que mi mundo es del tamaño de tu cuerpo. Que mi ceguera no tiene remedio. Que he de arder de tanto como te quiero. Que eres mi imposible sueño. Que he de llorar a cántaros cuando te hayas ido. Que tu boca es mi verbo. Que tus manos me han acogido como a un huérfano. Que mi libertad no es de este mundo. Que a falta de alcohol me saco con tus fluidos. Que no hablo sino canto. Que mis huesos han de ser la verja de tu cielo. Que estoy al margen. Que para qué te quiero. A qué se debe este amor que no tiene precio. Que no conviene teniendo hija.

¡Envidia! Duende mío! ¡Envidia tienen de mi locura! Que eres mortal, me han dicho. Que no debo amarte. ¡Ni que fueras el único en la vía láctea! Que de un zarpazo Dios ha de arrancarme la piel para olvidarte. Que mi hambre va en au-

mento... ¡Cómo pueden gustarme las heridas!

No soportan que estés a mi lado, porque hace tanto que te conozco, porque eres puerta para huir de la vacuidad del mundo, porque eres árbol de fruto entrañable, porque me enseñas el mundo en cada cuadro, porque tus poemas son perfectos. Porque tu ausencia es la medida de mi camino.

Brindemos por la victoria de tu vida, el filtro de tu ejemplo y la grandeza de tu obra. Mecenas del amor, quiero zarpas quinientas... cinco mil veces contigo.

Caerá el telón cuando acabe el tiempo. Entonces, solo entonces, se abrirán las puertas de mi cementerio.

Julia Guadalupe García Ortega



El Duende, elemento constructivo de la personalidad

Apreciado Luis:

La publicación de medio millar de números de una hoja periódica literaria tiene que considerarse como un acontecimiento cultural de primer orden, sobre todo en nuestro país y en nuestra época en que la afición por las letras ha tomado cauces distintos a los que habían sido consagrados por la tradición generando un ámbito en que *El Duende* asume un aire de excepción.

Me explico: En épocas anteriores, los *suplementos literarios* de los periódicos bolivianos eran un elemento constructivo de la personalidad –si vale el término– de tales órganos de comunicación, y los dueños sabían conscientemente que tenían que correr con esta parte del costo cultural. Hoy, un suplemento de esta clase (cuando existe) es sólo uno de los muchos que abultan el periódico. Antes, en torno a ellos se formaban grupos o círculos literarios que competían entre sí e influían en la identificación de tendencias intelectuales y literarias. Esta tradición –al parecer– duró en Bolivia poco más de medio siglo, hasta ser destruida por la *postmodernidad*. Los dos úl-

timos decenios del siglo anterior vieron desaparecer hojas literarias y periódicos íntegros. Para muchos de nosotros parecía haberse cerrado la posibilidad de seguir haciendo pública nuestra creación. Los viejos escritores fuimos en cierto modo desterrados (quizás sin ninguna intención malévolas) de la cultura cotidiana. En estas circunstancias, la supervivencia de *El Duende* fue también el instrumento de perdurabilidad de buena parte de la cultura.

Tales son mis impresiones y como parte de una generación de intelectuales, no puedo sino expresar un triple agradecimiento: a ti, el cordial amigo que nos acogió ampliamente; a *El Duende* (y a *La Patria*, a que esta adosado), que imprime su sello de personalidad a sus colaboradores; y a tu empresa que mantiene en esta época difícil el espíritu del buen Mecenas.

Recibe mil felicitaciones y un cordial abrazo del amigo y colega tuyo.

José Roberto Arze. Académico de la Lengua.

Un foro plural de alta calidad

En estos días el suplemento *El Duende* (publicado por el periódico *La Patria* de Oruro) llega su número 500. Por razones conocidas, entre ellas la inestabilidad político-institucional, los órganos de divulgación cultural tienen en Bolivia una existencia difícil y azarosa. *El Duende* ha demostrado, sin embargo, que una voluntad perseverante y la aptitud de elegir buenos colaboradores representan factores que ayudan eficazmente a consolidar una revista consagrada a tareas intelectuales. Deberemos, por lo tanto, festejar simultáneamente la tenacidad y el buen gusto de Luis Urquieta, pues estos elementos son la clave principal del éxito de *El Duende*. Urquieta, nacido en Cochabamba, es uno de esos brillantes ingenieros que traspasan rápidamente las fronteras de su profesión técnica y descubren con alegría aquello que la cultura y especialmente la literatura puede brindar al ser humano para hacer más llevadera su vida. Menciono a propósito la alegría, pues Urquieta pertenece a esa envidiable variedad de ser humano que desborda optimismo, buen humor y tolerancia. Él es el alma de *El Duende*, además de ser un amigo fiel y preocupado por el destino de los autores de su suplemento.

Todos estos factores han contribuido a que *El Duende* sea un foro cultural pluralista, antidiogmático, abierto a todas las tendencias del pensamiento, sin preferencia por ninguna línea ideológica. La generosidad de Urquieta se manifiesta en esta diversidad cultural, que es el signo distintivo de su órgano impreso. En Bolivia hay –o han quedado– pocos suplementos y revistas culturales ante el avance de la civilización del espectáculo y la farándula, ya que la cultura ligera parece haber conquistado casi todos los espacios de divulgación. El mayor mérito de Luis Urquieta es haber resistido esta inclinación a lo fácil y lo ligero, que marca nuestra época, independientemente de toda línea política. Por ello los intelectuales del país le están muy agradecidos y desean una larga vida a *El Duende* y a su director.

Luchó Urquieta: No hay duda de que *El Duende* es tu obra.

H. C. F. Mansilla. Académico de la Lengua

Felicitaciones 500 números de *El Duende*

Luis:

Querido
La complacencia y alegría se adhieren a mí ser, al conocer que *El Duende* llega a sus 500 números constituyéndose con este hecho como el heraldo cultural más importante de nuestra patria.

Especial emoción he sentido por conocer en esta montaña de realizaciones a sus picos más altos; me refiero a Alberto Guerra Gutiérrez y Luis Urquieta Molleda. Con referencia al primero, vate de alta irradiación y precursor de este empeño, fue compañero de curso mío en el primer año secundario en el poderoso "Saracho" de Oruro (1944) y ahora estoy seguro que disfruta esta hazaña en el más allá con un coro de ángeles y serafines. Tú, Luis, el realizador, convertiste a números y ecuaciones en una sinfonía consolidando a un *duende* novedoso que penetra los cuatro costados de mi aliento, donde la literatura en sus varias expresiones tanto en lo nacional como extranjero lo cristalizaban en el elemento más benigno y contagioso de las artes.

Querido amigo, viene a mi memoria los momentos de nuestra niñez en nuestra recordada Orcoma, donde muestras en tu *Sol de Otoño* recuerdos vividos de esos tiempos.

El Duende con sus 24 años de vigencia se ha convertido, como vislumbraste hace algunos años en la conciencia crítica y contestataria del artista quien debe desmoronar la carga de conciencia abstraída de la sociedad.... Situaciones del actual entorno nacional ameritan reflexiones que ayuden a consolidar la paz, la justicia social y la fraternidad en esta Bolivia que nos duele tanto.

Concluyo felicitándote a ti y a tu Consejo Editor, a la infatigable Coordinadora Julia García y a Zarzuela que nos ofrece en cada trazo pictórico una sorpresa. Así como a todos los que colaboran en el Suplemento Cultural más significativo del país.

Recibe el afecto y la admiración permanente de tu amigo de siempre,

Oscar Arze Quintanilla. Escritor. Cochabamba.



Los 500 números de *El Duende*



Ya podríamos formar una cofradía de lectores de *El Duende*, con motivo de este feliz aniversario. Los que hemos estado en trajines periodísticos muchos años, sabemos cuán difícil es sostener un periódico y mucho más de carácter cultural, en estos tiempos de rudo mercantilismo y donde los gerentes pesan más que los directores porque están pendientes de los avisos y cualquier material, incluso informativo, les parece superfluo.

En el caso de *El Duende*, se combinó el talento y la tenacidad de Luis Urquieta Molleda con la buena disposición de los directivos de "La Patria", para acompañar su edición dominical con este suplemento de tan alta calidad y que ha ganado lectores en los lugares más insólitos de Bolivia como me consta, debido a mis viajes para filmar mis programas televisivos. Estamos hablando, si no me equivoco, de más 23 años de ininterrumpida presencia en kioscos y calles de Oruro, pero también de su difusión al resto de Bolivia.

Con el curso del tiempo *El Duende*, ahora con páginas a color, se ha

ido ocupando de todos los temas imaginables de la cultura boliviana, pero también universal. Está diagramado con excelente gusto y las pinturas y viñetas del consagrado Erasmo Zarzuela, le dan un atractivo más. Algo tengo que ver en este aniversario, pues Luis me ha invitado generosamente y más de una vez, a que escriba en las páginas de *El Duende*.

Felicidades a todo el equipo, pero especialmente a él, pues en este empeño cultural se demuestra –contrariando ese aserto generalizado– de que sí hay personas que son insustituibles. Luis es una de ellas. Oruro tiene razón de mostrarse orgulloso de este su hijo ilustre, que aunque no nació allí se identificó y dio todo de sí a la tierra de Pagador.

Mariano Baptista Gumucio.
Historiador, gestor cultural y académico de la Lengua

Honoris Causa para *El Duende*

En representación de todos los escritores bolivianos, latinoamericanos, universales, de este siglo, de los siglos anteriores, de los grecolatinos, los medievales, renacentistas, burrocos, neoclásicos, románticos, parnasianos, modernistas, ultraístas, existencialistas que han sido convocados por *El Duende*.

En representación de La Muncha, del Infierno, el Purgatorio y el Cielo de Dante, de Macondo, de Bagdad, de San Javier de la Chirca, de Chuquiago, Oruro y la Llujía, lugares de los que *El Duende* ha recuperado pensamientos e historias.

En representación de artistas que dejaron muchas cartas dispersas entre periódicos y revistas de pueblos inacabables del mundo,

de los músicos, pintores, con los cuales *El Duende* ha enriquecido sus páginas.

Me permite entregar el nombramiento *Honoris Causa* al Suplemento Orureño de Cultura *El Duende*, por haber dejado de ser el suplemento del picaro duendecillo que regalaba periódicos a granel y haberse convertido en el respetable peso pesado de 500 suplementos, de casi imposible transporte, pero de selecta, grata y quién sabe, inacabable lectura.

Gaby Vallejo Canedo. Académica de la Lengua.
Miembro del PEN Internacional, filial Bolivia

Al buen *Duende*

Durmiendo a la sombra de la puerta de Alcira Cardona, acurrucado junto al lecho de Luis Mendizábal Santa Cruz o en un simple viaje de tranvía junto a Hilda Mundy, hasta encontrarlo jugando al trompo en la plaza del poeta, corriendo tras la luna en la pampa vacía o cabalgando al lomo del Perro Petardos, el buen *Duende*, con toda la magia de sus apariciones quincenales, continúa desclifrando nombres y astros de la literatura nacional y mundial.

Si bien tuvimos una larga noche de 500 años, ahora tenemos una alegría de 500 números, lo que sólo nos permite soñar en nuevas aventuras de ese travieso, que salta desde un dibujo de Erasmo Zarzuela, se sube al faro de Conchupata y lo transforma en una nave espacial para recorrer aún más el universo con la ayuda de la palabra.

El otro día lo he pillado sacando ensayos de cada agujero de bichitos... es increíble lo que se sabe sobre estética, ética, pintura, música e historia. Y es obvio también, hay que buscar debajo de cada piedra.

Hoy por ejemplo, me crucé con él en la calle. Me ha contado que, de tanto hurguetear en los panales de la poesía con un palito, le picaron

mil estrellas y ahora estaba herido de alegría. Estaba tan amena la charla que hemos terminado tomando upi con pastel en el mercado y cuento por cuento me ha hecho conocer la noche. Es siempre grato despertar después de 500 sueños y darle la mano a ese bandido.

Saludos Duende... hasta el número 501 y así hasta el infinito.

Sergio Gareca Rodríguez. Oruro.
Premio Nacional "Poetas Jóvenes de Bolivia" 2010

A buen entendedor...

Tener Duende

Facultad de provocar sensaciones e inquietudes diversas, que poseen algunas personas en sí mismas o al desarrollar alguna faceta. También algunos parajes transmiten de forma especial la sensación de embrujo o encantamiento de los sentidos.

Como *duende* reconocemos al espíritu popular que habita en algunos lugares y que travesea, causando inquietud y bullicio.

El poeta Federico García Lorca (1899-1936), en una conferencia titulada *Teoría y juego del duende*, equipara tener duende con tener ángel o sentir la inspiración de las musas, y explica de forma poética y sencilla la magia que representaron aquellos afortunados que fueron tocados por el duende: *El que está en la piel de toro extendida entre los Júcar, Guadelete, Sil o Pisueña* (no quiere citar a los caudales junto a las ondas color melena de león que agita el Plata) oye decir con medida frecuencia: "Esto tiene mucho duende..."

Manuel Torres dijo, escuchando al propio Falla su *Nocturno del Generalife*, esta espléndida frase: *Todo lo que tiene sonidos negros tiene duende*.

Y no hay verdad más grande.

Estos sonidos negros son el misterio, las raíces que se clavan en el limo que todos conocemos, que todos ignoramos, pero de donde nos llega lo que es sustancial en el arte. Sonidos negros dijo el hombre popular de España y coincidió con Goethe, que hace la definición del duende al hablar de Paganini, diciendo: Poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica.

Así pues, "el duende es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar"...

Para buscar el duende no hay mapa ni ejercicio. Sólo se sabe que quema la sangre como un tópico de vidrios, que agota, que rechaza toda la dulce geometría aprendida, que rompe los estilos que hace Goya, maestro de los grises, en los platas y en los rosas de la mejor pintura inglesa, pinte con las rodillas y los puños con horribles negros de betún; o que desnuda a mosén Cinto Verdaguer con el frío de los Pirineos, o lleva a Jorge Manrique a esperar a la muerte en el páramo de Ocaña, o viste con un traje verde de saltimbanqui el cuerpo delicado de Rimbaud, o pone ojos de pez muerto al conde Leutréamont en la madrugada del boulevard...

Todas las artes, y aun los países, tienen capacidad de duende, de ángel y de musa; y así como Alemania, con excepciones, musa, y la Italia tiene preferentemente ángel, España está en todo tiempo movida por el duende...

El duende... ¿Dónde está el duende? Por el arco vacío entra un aire mental que sopla con insistencia sobre las cabezas de los muertos, en busca de nuevos paisajes y acentos ignorados; un aire como de saliva de niño, de hierba machacada y velo de medusa que anuncia el constante bautizo de las cosas recién creadas.

Margarita Candón. España.
Diccionario de frases hechas de la lengua castellana

El Duende Suplemento Boliviano de Cultura

Debemos respeto y gratitud al trabajador de la cultura cuando se da en la plenitud de un destino: el trabajo fecundo y ennobecedor, símbolo de su poder recreador.

Celebremos que *El Duende*, al respecto, tenga un área libre para las letras, para las ciencias, para las artes, eso honra a don Luis Urquieta Molleda, su director, como hombre y como hijo del pueblo boliviano.

En esta fiesta del espíritu, reciba *El Duende* mi homenaje.

Luis Ríos Quiroga. Chuquisaca.
Investigador de la Literatura Boliviana

¡Increíbles 500 ediciones!

El Duende travieso, al mismo tiempo, definido y maduro en su personalidad, ha cumplido 500 sueños. Su voz ha estado inspirada por palabras, que como ángeles, han habitado mentes y corazones. Gracias por esa luz.

Rosario Q. de Urquieta.
Escritora Cochabamba.

¡Feliz número 500!

*El duende ya llegó al número 500 en su tránsito por nuestro ámbito literario. Luce más remozado y maduro, con un enorme bagaje de estudios sobre el arte boliviano y universal. Abrió sus páginas como un faro luminoso, con el diario *La Patria* de Oruro, de la mano del poeta Alberto Guerra, precisamente con el título de *El Duende*. A partir del número 181 se lo identifica como *Suplemento Orureño de Cultura*; ahora sigue adelante al impulso de su director Luis Urquieta Molleda, ingeniero civil de profesión, brillante escritor y ensayista de vocación, además de celoso guardián de la cultura boliviana. Todo escritor y lector de *El duende* es un apreciado compañero en esta singular travesía; así pues, seguro estoy que este su duende celebra con ellos este medio millar de pasos, con la esperanza de tenerlos siempre a su lado. ¡Felicidades, duende de todos!*

Adolfo Cáceres Romero.
Oruro. Escritor



Al entrañable compañero de alturas

Ingeniero don Luis Urquieta:
Mi siempre recordado amigo y compañero:

Ante el gran acontecimiento cultural que significa la publicación de los 500 números del fascículo cultural más importante de la Patria, debo adherirme en su homenaje como un imperativo de bien y en gesto de nobleza intelectual.

La publicación de expresiones culturales ha sido y continúa siendo en Bolivia una tónica frecuente pero siempre interrumpida por diversas causas particularmente de tipo económico que frustran la continuidad y el esfuerzo de sus promotores. Pero *El Duende* tiene la valoración de haber mantenido a través de los años su importante y enriquecedora vigencia. Además de la calidad de su contenido literario, la forma artística de publicación, conlleva una trascendencia de mensaje genuino. Muchas veces logra niveles de cumbre andina, níveos y de atmósfera pura, otras es denuncia valiente y activa bandera roja de combate.

Esos para el suscrito *El Duende*, un alimento fecundo que sustenta la función vital de la existencia y ofrece insumos de valor inestimable.

En la última sesión ordinaria de la *Unión de Poetas y Escritores*, el suscrito tomó la palabra para efectuar una denuncia de batalla, la que me permitió adjuntar como una bandera de compromiso en mi homenaje personal al *Duende*, entrañable compañero de alturas y de profundas reflexiones espirituales.

Todos los escritores que gozan de su lectura, estamos conscientes de que el mérito lo lleva un intelectual notable en nuestra patria y en nuestro tiempo: el ingeniero don Luis Urquieta M., acompañado de un consejo editor, coordinación y diseño responsables, de elevada jerarquía en valores profesionales y de empeño admirables. A todos ustedes y particularmente al amigo Luis, gentil hombre, caballero de las letras, vaya mi abrazo efusivo y la comprometida promesa de aportar apoyo a todo el inmenso proceso cultural empeñado por *El Duende*.

Saludando afectivamente la publicación de los 500 números, envío mi más caluroso sentimiento.

Gastón Cornejo Bascopé. Cochabamba
Ex Presidente de SODESBO
y de la Unión de Poetas y Escritores.



Duendecito de papel

Duende, espíritu travieso, diablillo familiar, así te define el diccionario y de sus páginas saltaste a las páginas de un suplemento literario gracias a otro diablillo Mayor de la ciudad de Oruro que decidió enviarte cada quincena a toda la pléyade de escritores y poetas con un boletín bajo el brazo para hacer conocer la magia de la palabra escrita, especialmente de los que ya se fueron y que gracias a ti retornan a la tierra.

Y llegas a los 500 números porque duendes, hadas, gnomos son inmortales y esta eternidad la disfrutarán los que vendrán después de nosotros. Esta eternidad también la debemos al insigne Alberto Guerra que convocó al genial diablillo y al Ing. Luis Urquieta, mecenazgos del único suplemento gratuito de cultura que circula en Bolivia y que nos libra del periodismo sensacionalista y frívolo.

Gracias por enviarnos cada quincena a este simpático personaje que lleva en el ala de su amplio sombrero un bagaje literario y cultural maravilloso. La *Unión Nacional de Poetas y Escritores - filial Cochabamba* se ha beneficiado durante años con este suplemento en el cual podemos plasmar nuestros atisbos literarios y nuestros sueños, por eso ¡¡¡saludamos alborozados el No. 500!!!

Gracias Duendecito de papel.

Amanda Jáuregui de Costas.
Presidenta de la Unión Nacional de Poetas
y Escritores - Cochabamba

El Duende, venero de las letras bolivianas

Querido *Duende*:

¡Qué rápido han pasado los años y qué incesantes tus 500 vidas! Tú, elevándote en la tierra hecha de estao y de plata. Yo, en este valle de conciertos de pájaros que Dios manda para alegrar el atardecer de mi existencia.

Tus quinientas apariciones –hermano *Duende*– se han convertido en legado literario al servicio de la patria, y en amanecer radiante para poetas y escritores que testimonian su espíritu en tus páginas.

Ahora que festejas tus 5 centenares, tienes a tu lado al gran amigo de todos los tiempos: Luis Urquieta y, desde una estrella azul, estoy seguro, te saludan Hugo Molina Viaña y Alberto Guerra Gutiérrez, quienes te sustentaron en el beneficio del amor a las letras.

En cuanto a tí, Lucho, amigo grato, cuánto me hubiera gustado poder participar en la fiesta literaria que con seguridad han de celebrar en honor de *El Duende*. Me adhiero a ella con el abrazo poético que envío junto a mi esposa Luz. Es un honor para mí saludarte, agradeciendo tu don de gentes por acordarte de mí cuando todos me olvidan.

Y a tí, *Duende* querido, te deseamos que sigas siendo el venero de las letras de Bolivia.

Muchas felicidades, hermano entrañable del alma.

**Luis Fuentes Rodríguez.
Poeta potosino. Reside en Tarija.**

Homenaje a El Duende

De lo alto baja una cascada
en ella una marimba cantando
al timpano estético del alma
que ufana viene llegando
filósofos – músicos – científicos
literatos y otros artistas
por *El Duende* son ofertados.

Quinientas alegorías intelectuales
arte – cultura – música – poesía
celebran asiduos lectores

¡Cómo no agradecer un fino regalo
por quinientas veces entregado?
¡Cómo no decir gracias
Quijotes hacedores de la cultura!
Pues sí ¡Muchas gracias!
¡Celebremos la quinientasava edición!

**Armando Sánchez Velásquez.
Ex Presidente de UNPE Cochabamba**

Salutación a El Duende

¡Albicias! por el N° 500 de publicación de *El Duende*, suplemento orureño de cultura difundido mediante el periódico *La Patria*, subdecano de la prensa nacional.

Merecimientos sobran para la expresión de júbilo porque *El Duende* es una tribuna abierta a las manifestaciones creativas que engrandece las letras y el idioma, y a quienes sienten el placer de hacer de la magia de la palabra el vehículo conductor del pensamiento literario y artístico.

Este suplemento se le aparece cada quince días para brindarte ediciones colecciónables por el valioso material que contiene. No solo fomenta y divulga las letras, también da a conocer a los grandes cultores del arte.

A través del tiempo y sumando ediciones ha consagrado su trayectoria, sentado presencia local y nacional y, a través de Internet, internacional.

Es fuente bibliográfica para consulta de estudiantes, docentes de literatura y personas que buscan información actualizada sobre los insignes pensadores, intelectuales, pintores y músicos.

El halo misterioso que emana este suplemento, invita al público lector esperar con interés su edición para no perderse un solo número.

Muchas son las razones por las que elegimos a *El Duende* como lectura de preferencia. Indudablemente, porque es un suplemento fuera de serie por su ilustrada y amena lectura que informa, actualiza y fomenta el juicio crítico y, ante todo, porque alimenta el intelecto. Grata ocasión para reconocer a sus gestores que dieron vida y mantienen su vigencia hasta nuestros días. Al inolvidable poeta y escritor Don Alberto Guerra Gutiérrez y su huella indeleble. A su gestor y actual Director Ing. Luis Urquieta Molleda, infatigable servidor de la cultura y su voluntad inquebrantable por las letras. Al destacado poeta nacional Benjamín Chávez Camacho. Al reconocido artista plástico Erasmo Zarzuela, por darle rostro a la palabra. Al alma generosa de Julia Guadalupe Ortega, la duendecita invisible que aporta sueños al suplemento.

Me adhiero emocionada y agradecida a la celebración N° 500 de su aparición. Mis sinceras felicitaciones y buenos augurios para que *El Duende* tenga vigencia inamisible en el quehacer cultural de nuestra querida tierra orureña y de Bolivia toda.

**Milena Montaño Cavero de Escobar.
Secretaria General PEN Internacional, centro Oruro.**



Estudio científico sobre los duendes

Los personajes

Hay muchos tipos de duendes en el mundo. Desde los caseros hasta los exóticos. Están los cobrizos de las tierras altiplánicas del Nuevo Mundo y los de rubicundos pómulos de los Urales. Unos son mendigos, otros devoran diamantes. Los que viven solitarios dentro de los hornos de las abuelas aimaras, los que sólo comen las uñas que crecen vertiginosamente, los que se alimentan de sal en las cavernas submarinas.

En todo el globo tienen caracteres distintos, que dependen de lo que median. Hay los que reflexionan acerca de la muerte y ante la muerte de los humanos; otros, son consejeros y maestros en conventos ortodoxos y en las cumbres de los lamas. Es fácil de entender que el ascetismo los ha formado virtuosos, y por eso son depositarios de fe y proveedores de cuestionamientos, que surgen en los oídos de la gente dormida, y cuya sabiduría les permite orientar gracias a la experiencia acumulada. Es la forma de acercar mágicamente lo sagrado y lo profano.

La rispidez de la cara les exige replantear sus conceptos de estatismo o temor creado. Por otra parte, individuos despiertos les han atribuido la antropofagia, porque algún mito repetía que los sacrificados ganaban una encarnación divina que prolongaba la vida, aceptando que el cuerpo inerte, cuando pierde el ánima, despierta una cualidad vivificante. Los duendes saldrían de la subtierra para devorar carnes, arrancar al cuerpo de los sucesos trillados, eludir el ordenamiento de la realidad y la nulidad de las cosas inmóviles. Por obra de ellos, las afinidades enigmáticas de la gente producen connexiones.

Y como el mundo es así de incongruente, muchas personas experimentan la gran desilusión ante el duende, cuando se dan cuenta que no es el pícaro, que origina fechorías e ideas raras que desean iluminar caminos sicológicos.

Aplicaciones científicas

Hacemos el estudio científico de estos consanguíneos equivocados de los demonios, pero que son mansos porque su paz está en su ritmo interior, que les permite presentar las cualidades humanas superlativas, admirarlas porque tienen trascendencia, e imitarlas porque son los resultados positivos de los humanos. Además, a veces curan, a veces profetizan, pero siempre ensanchan la hidalgüa de los vecinos. Por otra parte, este espécimen puede asimilar estrechamente las cualidades intelectuales de la "víctima" adquiriendo el papel de mentor. Devorar los libros es una forma metafórica de canibalismo, y para ser maestro debe estudiar las ideas y el elemento siempre presente de las polémicas de los seres dotados de razón para transmitir –expresión enmascarada de todos los colectivismos: la comunicación– secretamente a los otros.

Ésta es la tarea de los duendes: ganar a los seres para la bondad, inyectándoles la capacidad de sorprenderse, no le puede quedar la sensación de vacuidad de su horno o de su

desván adonde el destino llega pero fugazmente. Quiere emplear aquellas conciencias para darles dictados nuevos.

En la posición fetal de su cavilación, el sombrero metido hasta las cejas, con la barba en punta, la respiración entrecortada y ahorrativa, la oscuridad que mece los pensamientos, la piel de papiro no resquebrajado, el tiempo que se hace ovillo detrás del esfenoides, espera que sus preceptos estén listos, para acercarse a un elegido y enseñarle que la introspección sirve para definir imágenes sobre tierra fértil y sepultar costumbres. Cada uno de estos entes pueden salir de tiempo en tiempo, o, los más activos, aparecen cada noche y van deleitando sus consejos o sus fijaciones en el conducto auditivo del huésped que al día siguiente cree haber soñado. Con sus mensajes hacen que los seres se confronten, se estudien, descalifiquen, o rebauticen; el cuestionamiento es repasar la vida, para reflexionar acerca de la dignidad de la muerte, de los acontecimientos, de los gestos. Las ensoñaciones aventuran en universos ignotos que sólo pueden explorar los dotados; asimismo, descender a los territorios subterráneos, paraemerger después con coloridos de otros mundos; en este proceso, sedimentan en los espacios para hallar conciencias en los estatos profundos.

Los duendes quieren que los elegidos enjuicien lo que encuentran a su paso. Leer las palabras, vislumbrar la trama, la crudeza del desafío, las enseñanzas establecidas en el ambiente. Les facilita la realidad vulnerante del silencio pertinaz que hiere cuando no se puede hablar pero sí testimoniar en frases tejiendo los recuerdos sin descoser los actos bochornosos.

En Oruro hay un duende que se complace dialogando con la materia, por eso mora en los socavones, y con su habilidad logra que la estética de los hombres no se entierre, más bien gane los aires –no hay asfixia si sale el hábito– para fortalecerse por momentos, y otros, desvanecerse para repensar algunos temas; no quiere vaticinar las gracias venideras, más bien legar una afición especial por los sentimientos nobles. Es de carácter intelectual, por lo que carga en su morral lo que es ética y filosofía, lo que es justicia y entereza, lo que es una literatura rigurosa y provocadora, lo que es evolución de los recursos poéticos, pensando en las renovaciones del duro vivir. Concorde con su mandato hereditario aparece cada quince días enseñando un comportamiento excepcional. Si se quiere, increíble, porque es parte de un ilusionismo metafísico. Como parte de su constitución brinda unas páginas para que los elegidos puedan llenarlas con sus propias producciones, nacidas en el acervo del mismo duende.

La obra ha sido la de descubrir a los intelectuales de la reflexión precisa, el manejo simultáneo de conceptos filosóficos y del lenguaje; lo que, a diferencia con la tradición intelectual predominante promueve activismo, pues no hay espacio para los sentimentalismos perecederos sino el indeclinable trabajo de mover las maquinarias imaginativas que dan lugar a encantamientos –denominados literatura– si es que son

prodigiosos en estilo e innovadores en estructura.

Intuición en los sueños

La aparición periódica de El Duende se debe a la taumaturgia de Luis Urquiza, que a cada lapso se inquieta y abre páginas como receptor, impulsa a la empresa Zona Franca y a la rotativa de La Patria. Hace algunos años, cuando al inicio se calculaban los recursos primos, se abalanzaron a intuir los discursos sibilinos del hombrecillo del gran sombrero y los pantalones andrajosos los poetas Alberto Guerra, Edwin Guzmán y Benjamín Chávez que en medio de la trepidación social siguieron los mensajes escondidos de sus sueños.

Entonces ganó El Duende y ganó Luis Urquiza porque engendraron la profecía poética de que la justicia literaria llegaría al pueblo mediante las columnas de un suplemento que consentiría la lectura multifacética de las sorpresas quincenales imbuidas en las sensibilidades estéticas.

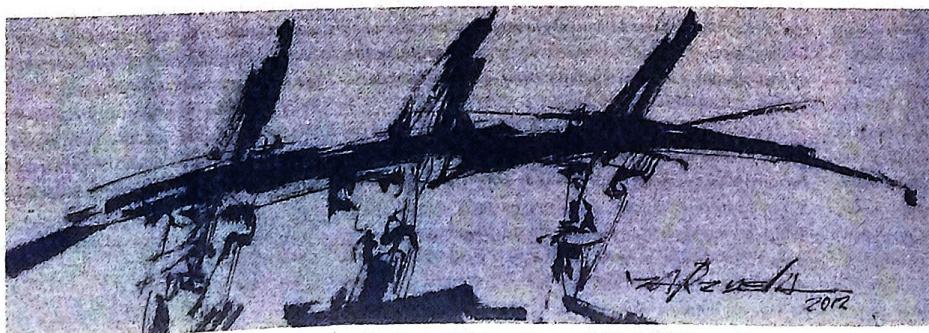
Es verdad que la literatura es el arte solitario, pero los autores comprendieron también la línea de pensamiento y hoy como ayer siguen preparando sus obras, con afán despiadado para alcanzar lo impecable, el valor de las frases sueltas, los enunciados ordenados, el respeto a la gramática y el repudio a la chabacanería. Saben que la lectura de El Duende educa al pueblo, porque el paradigma teórico –base del pensamiento– está en la frase impresa.

Lamentablemente los periódicos han optado por ahorrar espacios, minimizar la cultura, basarse en efectos alarmistas, y por eso los suplementos literarios han desaparecido, los que eran el alma de todo diario para ganar lectores y fomentar las letras adquirieron un carácter general, relegando las cuestiones de filosofía, ética, educación, literatura, etc. a un plano secundario.

En un tiempo anterior el ambiente físico condenaba al atraso, y las facultades intelectuales fueron martilladas sobre el yunque de la politiquería insulsa. Más tarde la lectura misma tuvo que ser contrastada; y para escribir actualmente hay que tener un juez que es el duende intelectual que rechaza, y por su intervención a los escritores desluidos se les coartan los pensamientos, ya nada les induce inspiraciones. Sólo la disposición mágica de los entes superiores, aunque vivan escondidos, logrará que las ideas se coleccionen en cuadernillos grandes, de papel sábana, ilustrados, que servirán como una historia de los artículos portadores de ideas decisivas y apremiantes.

Para modificar la corteza terrestre y cerebral se necesita un sismo, por eso en este medio igualmente se dan opiniones encontradas, que son detonantes de intimidades, y los lectores serán más críticos, ubicarán técnicamente los errores, y denigrarán al autor que no obedezca las preceptivas literarias, porque la indeclinable fidelidad al sentimiento propio y a la estética es El Duende.

Alfonso Gamarra Durana.
Académico de la Lengua de la Historia.
Médico cardiólogo.



Justificación de una Nueva Historia de la Literatura Boliviana

¿Por qué una nueva historia de la Literatura boliviana?

Por varias razones y, esencialmente, porque nos vemos en la necesidad de establecer, en la comprensión histórica de los fenómenos sociales del país, la importancia de sus manifestaciones literarias, reivindicando la producción poética de nuestras culturas aborígenes más representativas (aimara, quechua, callaya y tupíguaraní, especialmente), por cuanto ellas son la base sobre la cual se sustenta nuestra identidad cultural, como germen de una tradición que no ha desaparecido, a pesar de los afanes de los colonialistas. Y como no ha desaparecido, tampoco es aceptable remitir su estudio únicamente al periodo precolombino, como un curioso antecedente que se ha perdido en la legitimación de una literatura más *culta* por urbana, oficializada por las élites dominantes. Así pues, debemos reconocer –en buena hora– la existencia de varios sistemas literarios diferentes, según las regiones del país.

En los tiempos primitivos la poesía y el lenguaje formaban parte de un modo de vida trascendental en la libre expresión de sus sentimientos y motivaciones, ligadas casi siempre a las elucubraciones míticas de su entorno vital. Ahí el canto no se regía por modas ni leyes estéticas preconcebidas; cuánto más antiguo era su lenguaje, aquél era más popular. El pueblo se configuraba como nación no en base a su territorialidad, sino atendiendo el núcleo esencial de su pensamiento, de sus emociones y cantos. Además, la expresión poética se daba junto a la danza y la música, ritualizada; así nació el canto como una forma rítmica de las grandes emociones colectivas; es decir que la poesía quechua, por ejemplo, apareció sujeta al espíritu colectivo de las comunidades del imperio incaico. Sus raíces surgieron de las entrañas de esos pueblos, al expresar emociones y sentimientos colectivos.

Asimismo, la importancia de una lengua se mide por las generalidades de su literatura, sin importar si ésta es oral o escrita; de otro modo, el griego clásico no tendría nada que ver con el ciclo homérico, ni el quechua con los cantos del Ollantay. Para Herder, en el lenguaje de la lirica se plasma el carácter de una nación, constituyendo una unidad indisoluble la lengua, la poesía y el pueblo. Ha llegado el momento en que los jayllis, arawis, takis y demás formas poéticas, sean estudiados con mayor profundidad, a fin de alcanzar la formulación teórica de su esencia estética.

Desde luego que no es tarea fácil deslindar la concepción poética del pensamiento indígena del europeo; o sea emprender el estudio de sus propios principios literarios, de sus categorías axiológicas, criterios estéticos, etc., teniendo en cuenta que éste es un terreno aún no transitado por los estudiosos de las letras aborígenes. Sobre esta base se desarrollará, tarde o temprano, el estudio de su historiografía. Algo más, según Adolfo Colombe: *la historia de un pueblo no será otra cosa que la historia de la realización de su alma*. Y, ojo, con el espíritu de este mismo investigador planteamos que *deslindar* también es *liberar* por cuanto procuramos *acabar con la desgarradora dicotomía de los países en vía de desarrollo de un yo autóctono y un súper yo occidental que sólo sirvió para reforzar la estratificación social, desde que participar de las "bondades" de la cultura europea ha sido siempre privilegio de una élite, mientras que las clases bajas se ven forzadas por la miseria a guarecerse entre los vapuleados trastos de su tradición. Estas élites, y los que las sustentan ideológicamente, traicionan al pueblo y su cultura*.

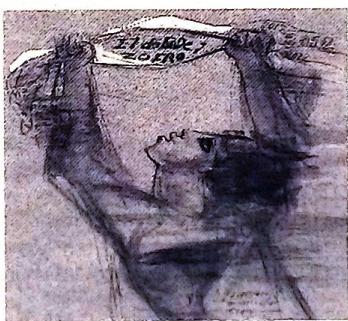
Los historiadores de la Literatura Boliviana

Resulta incierto el panorama historiográfico de nuestras letras nacionales, cuando nos remitimos al punto de partida de quienes, con cierta autoridad, se ocuparon de su evolución histórica; punto en el que apenas hallamos un brote embrionario,

distante a su resultado original, por cuanto los más le asignan a esa literatura un comienzo impreciso, sometido a las *bondades* del conquistador español que nunca pretendió legarnos

buenamente los secretos de su arte literario. Lo que heredamos nos vino más por gravitación histórica, antes que por voluntad estética. Afortunadamente todavía traducimos al hablar o escribir en español, cuando nos percatamos de nuestra identidad. Y no siempre nos damos cuenta de que no le debemos tanto al pensamiento europeo como para negarnos un ápice de originalidad. Todos esos historiadores conciben que las letras nacionales, al igual que las del resto del continente americano, son una prolongación, más o menos afortunada, de las literaturas del viejo mundo. Para ellos todo el arte es exclusivo de ese ámbito cultural, legitimado al aroma de un pensamiento positivista que todavía los mantiene asidos al periodo decimonónico, cuando Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, etc. discutían sobre el criollismo de las letras hispanoamericanas.

A título de modernos y civilizados, muchos de los historiadores bolivianos se muestran identificados con todo lo que implica adelanto científico, pero un adelanto procedente de la Europa del siglo XIX, cuando estructuraron su mentalidad positivista a partir de las líneas férreas, los vapores, los bancos, los tratados de comercio, etc. sin que el indio tuviera lugar en ese concierto progresista, a no ser como objeto decorativo, folklórico. Desde luego que no nos extraña que en 1862, Santiago Vaca



Guzmán consideraría que *la raza quechua no ha prestado concurso alguno, por impotencia, para la formación de la literatura boliviana*. Lo que nos extraña es que ya en 1922, un intelectual como Ignacio Prudencio Bustillo, sostuviera que *el indio es más apto para el trabajo material de arañar la tierra o ahondar en sus entrañas, que para atormentar su cerebro con las elevadas especulaciones intelectuales*, cuando ya se conocía la existencia del Ollantay y también se había descubierto la Nueva Crónica de Felipe Guamán Poma, aparte de otros hallazgos arqueológicos y artísticos que hablaban de la magnificencia de las culturas indígenas. Asimismo, también nos extraña que, tanto Rosendo Villalobos como Juan Francisco Bedregal y Ángel Salas, en el lujoso volumen con que en 1925 Bolivia conmemoraba su primer centenario como nación libre y soberana, se continuara con el criterio de que la literatura boliviana: *como casi todas las de nuestra América* –a decir de Juan Francisco Bedregal–, *no es, no puede ser sino el reflejo de las que la nutrieron y principalmente de la de España que, al dotarle de su lengua, la dejó virtual y definitivamente incorporada a su dominio espiritual*. Lo que nunca pudo entender –como el resto de los negadores– es que el espíritu no reside en la lengua, que es un instrumento, sino en el hombre y su medio; en su morada, su cultura, costumbres y vivencias.

Dieciocho años después, o sea en 1943, Enrique Finot comienza su *Historia de la Literatura Boliviana*, planteando la posibilidad de establecer la existencia de una literatura boliviana. Según su enfoque tainiano, considera que todavía no se puede hablar de una literatura netamente boliviana, por cuanto ni la raza, ni el medio, ni el momento histórico, le son propios no sólo a Bolivia, sino también a todas las letras de nuestra América de habla española o portuguesa. En primer lugar, sostiene Finot que *la raza, propiamente hablando, aún no está formada, o más*

bien carece de unidad. En cuanto al medio –prosigue–, de suyo diverso, aún dentro de una misma nacionalidad, como ocurre en México, en el Perú, en Bolivia, con diferentes climas, producciones y formas de vida, tampoco es elemento de fusión capaz de gravitar en la formación de un alma colectiva. El momento histórico es todavía muy breve para la creación de una cultura propia, que pueda tener expresión en una literatura original, característica.

Finalmente, 38 años después, para Fernando Diez de Medina: *Los dos mayores males de la producción literaria en la América Meridional: la falta de originalidad en el concebir, la ausencia de una técnica formal para expresar*. En el Prólogo a la cuarta edición de su *Literatura Boliviana* (1981), que la anuncia actualizada, a pesar de sus incongruencias no corregidas –señaladas oportunamente por Enrique Vargas Sivila–, Diez de Medina se muestra anacrónico e incompetente para asimilar las nuevas corrientes de la literatura universal. *Muchos piensan que para ser escritor –dice– hay que imitar a los "monstruos" europeos, norteamericanos o del "boom" latinoamericano, llámense Joyce, Kafka, Sartre; o Faulkner, Dos Pasos, Hemingway; o Cortázar, García Márquez, Lezama Lima*. Con tal pobreza de recursos, indudablemente que no se puede construir una literatura, si nos atenemos al juicio de Ángel Rama que considera que *si la crítica no construye obras, sí construye una literatura*. Y como lo acabamos de ver, mal podemos construir nuestra literatura nacional, al carecer de una crítica idónea, aparte de René-Moreno y Carlos Medinaceli. Conste que ninguno de los dos hizo historia, aunque sí podían hacerla con gran ventaja. En los historiadores anteriormente estudiados, encontramos más una recopilación de datos, en torno a un autor, que la sistematización de un proceso literario. Ellos, por lo general, articulan las características de un escritor en un riguroso orden cronológico; además, Finot reduce el enfoque de su *Historia* a factores externos a la obra misma. En tanto que Diez de Medina, en un panorama por lo general negativo y contradictorio, reduce la obra de un autor a un conjunto arbitrario de influencias, dando preeminencia a las fuentes que el presupone valederas. No deduce el efecto por la causa. Cuando critica a los románticos, por ejemplo, lo hace subjetivamente, partiendo de sus gustos personales, sin comprender el momento histórico que analiza. *No hay huellas de Goethe –dice–, de Schiller, de Holderlin, de Novalis, abunda en cambio la imitación a Balzac, a Dumas, Hugo, Lamartine, Vigny*. Es incongruente, por cuanto confunde géneros. Al cuestionar los modelos de la narración, ignora la atracción que ejercía en ese entonces la literatura francesa sobre nuestros escritores. París era el centro vital del mundo artístico del siglo XIX; por ello, muchos poetas y escritores del romanticismo americano estuvieron en la llamada *Ciudad luz* antes que en Berlín o Weimar. No debemos olvidar que aún Ricardo José Bustamante, nuestro máximo poeta de entonces, escribió sonetos nada desdenables en lengua francesa, estando en París, en 1845. Años después, en esa misma ciudad, Alcides Arguedas, escribiría su novela *Raza de Bronce*.

Por todo lo expuesto, me he visto en la necesidad de proponer el estudio de nuestras letras con un nuevo enfoque, que en el primer volumen comienza con las literaturas aborígenes: Aimara, Quechua, Callaya y Tupíguaraní, abarcando con ellas –desde el periodo precolonial a nuestros días– las distintas regiones de nuestra heredad nacional, o sea la zona andina, los valles y los llanos orientales; asimismo, presento la traducción del khipu Pachakamaj, con una breve exposición sobre la clave de su elaboración; el segundo volumen trata del periodo colonial; el tercero de los períodos independentista y republicano, culminando con el cuarto, dedicado al siglo XX. Es probable que luego incida en lo que va del siglo XXI, especialmente en torno a la novísima narrativa.

Adolfo Cáceres Romero. Oruro. Escritor. Crítico de literatura.

Ángel

El ángel es un ser mitológico hebreo-cristiano que llegó de otros continentes con los primeros europeos, fueran éstos soldados o misioneros religiosos. Para los soldados, el ángel era un espíritu protector y para los misioneros un medio por el que Dios se expresaba. En ambos casos era el *ángel de la guarda*.

En nuestra comarca, la idea del ángel queda como parte de las fiestas patronales de la Iglesia Católica. Hay ángeles en casi todos los templos, en sus portadas, grabados en piedra, en esculturas de yeso o madera, en leonizos, murales, vitrales; situados en hornacinas laterales y, en altares centrales aparecen como el santo patrono. En la danza devocional es el jefe natural de los diablos representado por un devoto danzante.

Hasta hace cuarenta años, en Oruro y su zona de influencia, el ángel vestía una indumentaria alba, sin embargo, la identificación con el grupo específico de baile y, para mejor presentación estética, produjo cambios en los colores del disfraz, sin embargo, en la última fiesta del Socavón, el ángel con su disfraz negro no fue del agrado del público y menos de los devotos de Nuestra Señora de la Candelaria del Socavón.

Según un antiguo danzante de la tradicional folklórica diablada Oruro: *Arcángel es el que está en los altares y ángel es el que baila en la diabla*. En el área rural, según un pasaje bíblico recreado, el ángel es el que auxilia a Jesús, María y José en su huida a Egipto entregándoles la hoja andina de la coca, convirtiéndose así en protector del hijo de Dios. Para la mayoría de los devotos de la Virgen del Socavón, el ángel es su Paladín (en términos del Medievo europeo), y hay quienes le piden protección para sus parientes cercanos.



Ángel proviene de la voz griega *aggelos* que se traduce como mensajero. Ahora bien, si el ángel es un mensajero, ¿qué está haciendo al medio de los diablos en la comparsa, armado con una espada para atacar y un escudo para defenderte?

hablar del ángel se hace una necesidad entre los que reivindican la diabla como expresión de la cultura orureña. La noción que tenemos de ángel viene de las culturas que se desarrollaron en el oriente medio. Pueblos que están al noreste del continente africano y al sudoeste del continente asiático, donde surgieron las religiones monoteístas. La que mayor influencia tuvo en los continentes europeo y americano, es la hebrea por medio del cristianismo.

Se entiende generalmente al ángel como mensajero, un enviado para instruir a los seres humanos en los aspectos teológicos y morales. Este mensajero es incorpóreo pero, alguna vez, según los mitos, toma apariencia humana.

En todas las culturas se presenta la idea de un ser sobrenatural protector, con poder infinito o limitado. A su vez, hay ideas de seres dañinos, casi siempre inferiores en poder a los protectores. Los unos son dioses de bondad y los otros son la maldad que daña la moral social o traen injustos castigos. No todas las culturas han llegado a definir a sus personajes sobrenaturales, claro ejemplo son los pueblos andinos cuyas creencias ancestrales no son dogmas, razón por la que no tienen una religión establecida ni la idea de ángel. Sus manes, representados por las alturas, son protectores y guías sin divinidad, que aluden a sus antepasados más remotos, los Achachilas.

El ángel es extraño al medio cultural de estas regiones, por lo que debemos comprenderlo desde su origen africano-asiático. El politeísmo ha sido una constante en el origen de las religiones con dioses que tenían atributos y categorías diversas. En este plano, algunos dioses desempeñaban labores subalternas como mediadores entre humanos y el mundo sobrenatural, de ahí su función de mensajero. El antiguo testamento también alude a un ángel como enviado de Dios.

En la cultura hebrea monoteísta, no tenía cabida ningún dios secundario, por lo que es probable que la biblia tomara al ángel como una idea alegórica literaria y no como un hecho sobrenatural.

Los hebreos, antes de llegar al monoteísmo, tuvieron varios dioses que no podían desaparecer en un corto tiempo, por ello, en el proceso de asimilar la idea de un verdadero Dios, otorgaron a sus otros dioses categorías y atribuciones limitadas. Esos dioses se convirtieron en ángeles. Los hebreos en el cautiverio de Babilonia, en el siglo V a.C., y por casi sesenta años, fueron influenciados para desarrollar atributos plásticos y miticos en los ángeles. El arte de la cultura dualista de la Mesopotamia enriqueció la cultura de los judíos. Los artistas plásticos y escritores empezaron a dotarles alas, nombres y vestimenta. Los persas contribuyeron con ángeles antagonistas que se rebelaban contra Dios y por ello eran destructivos. Los esenios, belicosos por naturaleza, creían en Be'lial de poder opuesto a Dios, podríamos decir el demonio o diablo; de allí nacieron las batallas entre los espíritus de la verdad y la maldad.

A partir de este antecedente, los judíos y, en consecuencia los cristianos, conciben nueve categorías de ángeles en tres jerarquías

Primer jerarquía

Coro de serafines. Cada uno de los Espíritus Bienhechores.

Coro de querubines. (Del hebreo, *querube* - próximo) Espíritus celestes caracterizados por la plenitud de ciencia con que ven y contemplan la belleza Divina. Según los hebreos antiguos, los querubines tienen cuatro alas y son zoomórficos o semianimales.

Coro de tronos. Espíritus bienaventurados que pueden conocer inmediatamente en Dios las razones de las obras divinas o de sistema de las cosas.

Segunda jerarquía

Coro de dominaciones. Los que regulan el poder que viene de lo divino.

Coro de potestades. Los que ejercen cierta ordenación en cuanto a las diversas operaciones que los espíritus superiores ejecutan en los inferiores.

Coro de virtudes. Cuyo nombre indica fuerza viril e indomable para cumplir las operaciones divinas.

Tercera jerarquía

Coro de principados. Príncipes de todas las virtudes celestiales que cumplen con los mandatos divinos.

Coro de arcángeles. Orden medio entre ángeles y principados.

Coro de ángeles. Espíritus celestiales considerados mensajeros o intermediarios entre Dios y la humanidad. El ángel dice ser tal en el libro de Tobías, capítulo 12, versículo 15: *Yo soy el ángel Rafael uno de los siete espíritus principales que asisten delante del Señor.*

De estos siete ángeles, tres son los más conocidos por estar mencionados en la biblia (génesis y apocalipsis). Los primeros anuncian hechos por realizarse y los segundos son ejecutores de la ira de Dios:

Gabriel. Que anuncia la venida de Jesús

Rafael. Que dice ser ángel

Miguel. Que comanda las legiones celestiales y derrota a los demonios.

Uriel. Alguna vez mencionado.

Joestiel o Jehudiel. Shamiel o Saetiel. Zadkiel o Barachiel.

La idea del ángel que llegó del continente europeo en los primeros años de la conquista del continente, era la de un ser belicoso. España expulsaba a los moros de la península ibérica, según la creencia popular, con la ayuda celestial. De esa forma se observa en templos coloniales como el de Calamarea, ángeles armados y, en la generalidad, como un soldado con espada.

El primer nombre que dieron los españoles a nuestra ciudad es *Asiento de minas de San Miguel de Oruro*, porque en esos días el ángel Miguel era el Santo patrono de España. Después de la batalla de Valencia contra los moros, en la que venció don Ro-

drigo de Vivar conocido como "Cid el Campeador", el Apóstol Santiago fue reconocido como protector y nuevo Santo Patrono de la península Ibérica.

Es probable que durante los primeros años de la conquista, el ángel fuera protagonista de las fiestas devocionales en Paria y otras poblaciones aledañas. La lucha del bien y el mal de los auto devocionales, tenían por un lado al ángel y por el otro al demonio (un ángel desafectado de los reinos celestiales) con vestimentas que diferían de las que actualmente conocemos. Nuestro ángel orureño toma el atuendo de los cuadros renacentistas pintados en Europa.

Los pintores renacentistas ven al ángel como antropomorfo, con alas y vestido con una túnica. En otras los representan en batalla contra demonios y dragones, convirtiéndolos en combatientes. Es bien sabido que para resurgir como imperio, Roma hizo del cristianismo su religión oficial; la iglesia Católica y Apostólica se expandió como imperio gracias a los soldados que jugaron un papel importante en la conquista y defensa de territorios y, el ángel, en su rol espiritual, se ocupó de la defensa de la religión y la Iglesia.

Como la Iglesia y el imperio se convirtieron en una sola realidad, el ángel llevaría el uniforme del soldado romano. De otra parte, los enemigos de Roma, los bárbaros, vestían atuendos que poco diferían de los romanos; y es a partir de esos uniformes que se va creando el disfraz de los diablos de nuestras danzas locales.

Los ángeles del bien y el mal, teniendo un mismo origen, se diferencian porque el bueno, el ángel de la verdad, mantiene el tradicional uniforme romano con toda su sencillez. No así los ángeles del pecado que han hecho su disfraz de un lujo arrogante.

El ángel Miguel representa en la danza a todos los ángeles en sus diferentes jerarquías y coros. Precisamente por eso, la diablada tiene un solo ángel que es el director de danza titular. Los otros ángeles tienen la misma jerarquía que las figuras sobresalientes como el Lucifer, Satanás o la china supay.

Los últimos años, las alas del ángel que antes fueron metálicas, han tomado la forma de las aves con plumas, lo que llevaría a pensar en los querubines o semi animales y no en los ángeles en general.

En el relato del diablo, el teatro que se presentaba en el atrio del templo y ahora en la avenida Cívica, las virtudes ya tienen representación en el ángel Miguel y, sin embargo, son los fieles católicos, devotos de la Santísima Virgen del Socavón, reunidos para presenciar la confesión de los siete pecados capitales, los que directamente representan a las siete virtudes morales.

Las virtudes en el relato o auto deberían vestir el uniforme del soldado romano y no la vestimenta de la chola. Este atuendo representa a la diabla, reina o China supay. En la diablada, el uso de la careta es imprescindible, no hay una sola figura, aparte de la que hablamos, que devocionalmente sea un danzante anónimo. Además, no debería tener la apariencia de uno de los pecados capitales.

Las virtudes son *teologales, cardinales y morales*.

Virtudes teologales. Fe, esperanza y caridad.

Virtudes cardinales. Prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Virtudes morales. El relato del diablo menciona la castidad, paciencia, templanza, caridad y diligencia.

La representación de las virtudes es asumida por el pueblo católico y esa representación es indelegable.

En el pasado, el ángel de la diablada es el principal personaje de la danza; en el pasado, era nominado el devoto danzante más antiguo. Hoy puede ser elegido por aclamación, herencia o favor social.

Estanislao Aquino Aramayo.
Oruro. Escritor



Sor Juana Inés de la Cruz

Sor Juana Inés de la Cruz (Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana). Escritora y religiosa (San Miguel Nepantla 1651 - Ciudad de México, 1695). Su extensa obra lírica, de la que aquí reproducimos cuatro poemas, constituye la mitad de su producción literaria, tan importante en el contexto del barroco tardío español.



Amor empieza por desasosiego...

Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgos, lances y recelos;
susténtase de llantos y de ruego.
Doctrínale tibiezas y despegos,
conserva el ser entre engañosos velos,
hasta que con agravios o con celos
apaga con sus lágrimas su fuego.
Su principio, su medio y fin es éste:
¿pues por qué, Alcino, sientes el desvío
de Celia, que otro tiempo bien te quiso?
¿Qué razón hay de que dolor te cueste?
Pues no te engaño amor, Alcino mío,
sino que llegó el término preciso.

Detente, sombra de mi bien esquivo...

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.
Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasónar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

Al que ingrato me deja, busco amante...

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.
Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triumfante quiero ver al que me mata,
y mato al que me quiere ver triunfante.
Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:
de ambos modos infeliz me veo.
Pero yo, por mejor partido, escojo
de quien no quiero, ser violento empleo,
que, de quien no me quiere, vil despojo.

Cuando mi error y tu vileza veo...

Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Silvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.

A mi misma memoria apenas creo
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término final de un mal empleo.

Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor poder negarlo;
mas luego la razón justa me advierte

que sólo me remedia en publicarlo;
porque del gran delito de quererte
sólo es bastante pena confesarlo.

Octavio Paz, en su lúcido ensayo sobre la religiosa escritora intitulado *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, se refiere en estos términos al poema más conocido de la autora (Hombres necios...): *El poema fue una ruptura histórica y un comienzo, por primera vez en la historia de nuestra literatura una mujer habla en nombre propio, defiende a su sexo y, gracias a su inteligencia, usando las mismas armas que sus detractores, acusa a los hombres de los mismos vicios que ellos achacan a las mujeres. En esto Sor Juana se adelanta a su tiempo: no hay nada parecido, en el siglo XVII, en la literatura femenina de Francia, Italia e Inglaterra.*

Austerlitz

En la segunda mitad de los años sesenta, en parte por razones de estudio, en parte por otras razones para mí mismo no totalmente claras, viajé repetidamente de Inglaterra a Bélgica, a veces para pasar sólo un día o dos y a veces para varias semanas. En una de esas excursiones belgas que, según me parecía, me llevaban siempre muy lejos en el extranjero, llegué, un radiante día de verano, a la ciudad de Amberes, que hasta entonces conocía únicamente de nombre. Nada más llegar, mientras el tren entraba lentamente en la oscura nave de la estación por el viaducto de curiosas torrecillas puntiagudas a ambos lados, comencé a sentirme mal, y esa sensación de estar indisputo no desapareció en todo el tiempo que estuve aquella vez en Bélgica. Recuerdo aún mis pasos inseguros al recorrer todo el centro de la ciudad por la Jeruzalemstraat, la Nachtegaalstraat, la Pelikaanstraat, la Paradisstraat, la Immerseelstraat y muchas otras calles y callejas, y cómo finalmente, atormentado por el dolor de cabeza y pensamientos desagradables, me refugí en el zoológico, situado en la Astridsplein, al lado mismo de la Centraal Station. Allí, hasta sentirme un poco mejor, estuve sentado en un banco en penumbra, junto a un aviario en donde revoloteaban numerosos pinzones y luganos. Cuando se acercaba ya el mediodía, paseé por el parque y finalmente eché una ojeada aún al Nocturama, inaugurado hacía sólo unos meses. Necesité un buen rato para que mis ojos se acostumbraran a la semioscuridad artificial y pudieran reconocer los distintos animales que, tras los cristales, vivían sus vidas crepusculares, iluminadas por una luna pálida. No recuerdo ya exactamente qué animales vi en aquella ocasión en el Nocturama de Amberes. Probablemente fueron murciélagos y jerbos de Egipto o del desierto de Gobi, erizos, búhos y lechuzas nativos, zarigüeyas australianas, martas, lirones y lémures que saltaban de rama en rama, corrían velozmente de un lado a otro por el suelo de arena amarillo grisáceo o desaparecían de pronto en el bambú. La verdad es que sólo persiste en mi recuerdo el mapache, al que observé largo rato mientras él estaba con rostro serio junto a un riachuelo, lavando una y otra vez el mismo trozo de manzana, como si confiase en poder escapar mediante esos lavados, que iban mucho más allá de toda meticulosidad razonable, a aquel mundo falso al que, en cierto modo sin comerlo ni beberlo, había ido a parar. Por lo demás, de los animales que albergaba el Nocturama sólo recuerdo que varios de ellos tenían unos ojos sorprendentemente grandes y esa mirada fijamente penetrante que se encuentra en algunos pintores y filósofos que, por medio de la contemplación o del pensamiento puros, tratan de penetrar la oscuridad que nos rodea. Además, creo que me rondaba también por la cabeza la pregunta de si, al caer la verdadera noche, cuando el zoo se cerraba al público, encendían para los habitantes del Nocturama la luz eléctrica, a fin de que, al hacerse de día sobre su universo en miniatura invertido, pudieran dormir con cierta tranquilidad... Con el paso de los años, las imágenes del interior del Nocturama se han mezclado con las que he guardado de la llamada Salle des pas perdus de la Centraal Station de Amberes. Si hoy trato de

evocar esa sala de espera veo enseguida el Nocturama y, si pienso en el Nocturama, me viene a la mente la sala de espera, probablemente porque aquel día, al salir del zoo, fui directamente a la estación o, para ser exacto, estuve primero un rato en la plaza, delante de la estación, mirando la fachada del fantástico edificio, que por la mañana, al llegar, sólo había percibido vagamente. Ahora, sin embargo, veía cuánto excedía aquel edificio construido con el patrocinio del rey Leopoldo de lo puramente funcional, y me admiraba el muchacho negro totalmente cubierto de cardenillo que, desde hace ya un siglo, se alza solo contra el cielo de Flandes con su dromedario, como monumento al mundo de los animales y los pueblos indígenas, en lo alto de un mirador, a la izquierda de la fachada de la estación. Cuando entré en la gran sala de la Centraal Station, cubierta por una cúpula de más de sesenta metros de altura, mi primer pensamiento, provocado quizás por la visita al zoo y la vista del dromedario, fue que allí, en aquel vestíbulo espléndido aunque entonces bastante venido a menos, hubiera debido haber jaulas para leones y leopardos empotradas en los nichos de mármol y acuarios para tiburones, pulpos y cocodrilos, lo mismo que en algunos zoos, a la inversa, hay trenecitos con los que se puede viajar a los continentes más lejanos. Probablemente por esa clase de ideas, que en Amberes, por decirlo así, surgían por sí solas, esa sala de espera, que hoy, como sé, sirve de cantina al personal, me pareció otro Nocturama, una superposición que, naturalmente, podría deberse también a que, precisamente cuando entré en la sala de espera, el sol se estaba hundiendo tras los tejados de la ciudad. No se había extinguido todavía por completo el resplandor de oro y plata de los gigantescos espejos semioscurecidos del muro que había frente a las ventanas cuando la sala se llenó de un crepúsculo de inframundo, en el que algunos viajeros se sentaban muy distantes, inmóviles y silenciosos. Como los animales del Nocturama, entre los que, llamativamente, había habido muchas razas enanas, diminutos fencees, liebres saltadoras y hámsters, también aquellos viajeros me parecían de algún modo empequeñecidos, ya fuera por la insolita altura del techo de la sala, ya por la oscuridad que se iba haciendo más densa, y supongo que por eso me rozó el pensamiento, en sí absurdo, de que se trataba de los últimos miembros de un pueblo reducido, expulsado de su país o en extinción, y de que aquellos, por ser los únicos supervivientes, tenían la misma expresión apesadumbrada de los animales del zoo...

Una de las personas que esperaban en la Salle des pas perdus era Austerlitz, un hombre que entonces, en 1967, parecía casi joven, con el pelo rubio y extrañamente rizado, como sólo había visto antes en Sigfrido, el héroe alemán de *Los Nibelungos* de Fritz Lang. Lo mismo que en nuestros últimos encuentros, Austerlitz llevaba pesadas botas de excursionista, una especie de pantalones de faena de algodón descoloridos y una chaqueta de vestir, hecha a medida pero hacía tiempo pasada de moda, y con independencia de esos rasgos exteriores se distinguía también de los restantes viajeros en que era el único que no miraba con indiferencia al vacío sino que se ocupaba en

tomar notas y hacer dibujos, evidentemente en relación con aquella sala espléndida, en mi opinión más pensada para alguna ceremonia oficial que para aguardar la siguiente conexión de París o de Ostende, en la que los dos nos sentábamos, porque, cuando no estaba escribiendo algo, su atención se dirigía a menudo largo rato a la hilera de ventanas, las pilastres acanaladas u otras partes o detalles estructurales. Una vez, Austerlitz sacó de su mochila una cámara fotográfica, una vieja Ensign de fuelle, e hizo varias fotos de los espejos, entretanto totalmente oscurecidos, fotos que sin embargo no he podido encontrar hasta ahora entre los varios centenares, en su mayoría sin clasificar, que me confió después de encontrarnos de nuevo en el invierno de 1996. Cuando finalmente abordé a Austerlitz con una pregunta relativa a su evidente interés por la sala de espera, sin sorprenderse en absoluto por mi franqueza, la respondió enseguida sin el menor titubeo, de la misma forma que he podido comprobar desde entonces con frecuencia en quienes viajan solos, que por lo general agradecen que se les hable después de haber pasado a veces días enteros de silencio ininterrumpido. A veces ha resultado incluso, en esas ocasiones, que estaban dispuestos a abrirse sin reservas a un extraño. No ocurrió así en la Salle des pas perdus con Austerlitz, quien tampoco después me dijo apenas nada sobre sus orígenes y su vida. Nuestras conversaciones de Amberes, como a veces las llamó más tarde, giraron ante todo, de acuerdo con sus asombrosos conocimientos especializados, sobre cuestiones de historia de la arquitectura, y también fue así en aquella velada en que estuvimos sentados juntos hasta cerca de la medianoche en la sala de espera, en el restaurante situado al otro lado, exactamente frente a la gran sala abovedada. Los escasos clientes que permanecieron allí hasta hora tardía fueron desapareciendo poco a poco, hasta que estuvimos solos en el bufé, cuya disposición se parecía en todo a la de sala de espera como una imagen refleja, con un solitario bebedor de fernet y la señora del bufé que, con las piernas cruzadas, reinaba en un taburete tras el mostrador y, con entrega y concentración totales, se limaba las uñas. De aquella señora, cuyo cabello rubio oxigenado se amontonaba en nido de pájaro, Austerlitz dijo de paso que era una diosa de otros tiempos. De hecho, detrás de ella había en la pared, bajo el escudo del león del reino de Bélgica y como pieza principal del bufé, un poderoso reloj, en cuya esfera, en otro tiempo dorada pero ahora ennegrecida por el hollín de los trenes y el humo del tabaco, giraba una aguja de unos seis pies. Durante las pausas que se producían en nuestra conversación, los dos nos dábamos cuenta de lo interminable que era el tiempo hasta que pasaba otro minuto, y qué terrible nos parecía cada vez, aunque lo esperábamos, el movimiento de aquella aguja, semejante a la espada del verdugo, cuando cortaba del futuro la sexagésima parte de una hora con un temblor tan amenazador, al detenerse, que a uno se le paraba casi el corazón...

W.G. Sebald.
Novelista alemán, 1994-2001.

Oruro, domingo 22 de julio de 2012

